

LOS FITO-VENUSIANOS

H. S. THELS

COLECCIÓN

ESPACIO

LOS FITO-VENUSIANOS

por

H. S. THELS

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona



CAPÍTULO I

LAS TRIBULACIONES DEL DOCTOR BLANCHARD

Aquella hora precisamente, después de la copiosa comida, sentía, durante un buen rato, un entorpecimiento progresivo de todo el cuerpo, que le obligaba a quedarse en el sillón, hasta que Martha le llamaba para la consulta. Aquel cotidiano fenómeno empezaba cuando un calorcillo agradable subía desde el estómago, invadiéndole lentamente, con un delicioso sopor que desvanecía la continuidad de las ideas, colocando su conciencia en el umbral del sueño, pero sin pasarlo nunca.

El doctor Blanchard apoyaba el mentón, ornado de una puntiaguda barba blanca, sobre el también inmaculado tejido de la camisa y se quedaba así, con los ojos entornados, sintiendo, como algo lejano, el picoteo del sol, que penetraba por los ventanales del comedor, sobre el

rostro.

—¡Doctor, sus clientes le esperan!

La voz de la vieja Martha le sacaba de aquella maravillosa somnolencia y, durante algunos minutos, mientras se esforzaba en tomar contacto con la realidad, sentíase molesto y huraño de tener que abandonar aquella indolencia en la que se encontraba tan bien.

Luego, incorporándose, se sacudía, con rápidos movimientos, las migajas que podían haber quedado presas en su chaleco, haciéndolas caer al suelo. Ibase después al cuarto de baño, donde se lavaba parsimoniosamente, peinando con cuidado sus argentados cabellos y, finalmente, ya puestas las gafas, de ancha montura de concha, atravesaba de nuevo el comedor, para pasar a su despacho, lanzando una postrer mirada de cariño al cómodo sillón que sin él parecía mucho más vacío que nunca.

Desde hacía veinticinco años realizaba todos aquellos actos con la íntima conciencia de cumplir con un sagrado deber. Ives Blanchard era, y lo sería hasta su muerte, el médico de confianza de todo aquel poblado de la Corréze, cuyas gentes conocía bastante mejor de lo que se conocían ellas mismas.

Su despacho, tamizada la luz por los sedosos visillos que llegaban hasta el suelo, era una amplia estancia, limpia y simpática, con las estanterías repletas de libros que subían hasta el techo y la cama de reconocimiento brillante y pulida, que refulgía intensamente cuando un rayo de sol se atrevía a llegar hasta ella.

Al penetrar en su despacho, Blanchard lanzó una ojeada de asentimiento, encontrando que aquel marco, donde había pasado la mayor parte de su vida, estaría ocupado muy pronto por su hijo Henri, que no tardaría en llegar a Villebelle, una vez terminados sus estudios de Medicina en la Universidad de París.

Henri era todo lo que poseía el anciano doctor, ya que su esposa había muerto hacía muchos años. Y si se mostraba plenamente satisfecho, aquel asentimiento surgía, indudablemente, de la seguridad que le daba la próxima presencia de su hijo, que continuaría la historia médica de los Blanchard, nombre que sonaba en los sitios más recónditos del Departamento como algo de lo que se podía fiar y en quien se tenía plena confianza.

Tras sentarse en su sillón, mucho menos cómodo y confortable que el que acababa de abandonar en el comedor,

Blanchard apretó el timbre, indicando a Martha que el primer enfermo podía pasar.

La puerta que daba a la sala de espera se abrió y la alta silueta de un hombre joven se dibujó en el dintel.

—¿Se puede, doctor?

—¡Pasa, Levon, y siéntate!

Conocía de memoria a todos sus enfermos y sabía más que sus familias de sus problemas y avatares de lo que ellos mismos hubiesen podido imaginar.

—¿Qué te ocurre, Jacques?

—No creo que sea nada grave, doctor; pero sí molesto. Es en el brazo derecho, una mancha verdosa que me ha salido hace un par de días. Al principio no me molestaba nada…

—Descúbrete el brazo —interrumpió Ives Blanchard autoritario.

El mocetón obedeció, adelantando después el miembro descubierto por encima de la mesa para que el galeno pudiese observarlo mejor. Este había encendido la luz de una lámpara que había sobre la mesa y que lanzaba un cono amarillento sobre los papeles que tenía ante sí.

Los ágiles dedos del médico recorrieron y palparon los alrededores de aquella mancha verdosa oscura que alcanzaba el tamaño de un paquete de cigarrillos y que estaba situada por encima del codo, en pleno brazo.

La mancha poseía un curioso relieve, formado de multitud de rugosidades que hicieron pensar inmediatamente a Blanchard en una fungosidad producida por una invasión de hongos microscópicos, cosa bastante común en los trabajadores de los bosques. Pero, casi en seguida y después de haber observado aquello con toda atención, se percató confesándoselo a sí mismo, que era la primera vez en su larga vida científica que veía una cosa semejante.

Hizo que el paciente se pusiese en pie y acercándose ambos a la ventana, retiró el médico los visillos para poder observar a la luz natural y con mayor detalle aquella curiosa y misteriosa mancha.

—¿Te duele? —inquirió,

—No —repuso el joven —, Pero, a veces y por muchos esfuerzos que hago, no consigo mover el brazo como quiero, como si lo tuviese dormido.., ¿me entiende usted, doctor?

—¡Perfectamente, amigo mío!

Pero, en realidad, el doctor Blanchard entendía aquello menos que nunca. Estaba sometiendo su cerebro a un intenso esfuerzo, intentando catalogar aquel desconocido mal entre las enfermedades por hongos que conocía. Más no lo logró y toda su buena voluntad no le sirvió para nada.

Ives era uno de esos médicos que no necesitan disimular su ignorancia sobre algún tema, ocultándola tras palabras raras. Así que, con el mismo tono sencillo que había usado desde el primer momento, dijo:

—No lo veo claro, Jacques —y tras una pausa, añadió —: No te lo toques mucho ni te lo mojes; observa bien los síntomas y vente pasado mañana, a esta misma hora, por aquí.

Y al ver el inequívoco gesto del otro, que se hurgaba en el bolsillo, exclamó:

—Esta visita es gratis. Di que pase el siguiente, por favor…

Todos los problemas que se fueron presentando, uno tras otro, aquella tarde no lograron que dejase de ver, en cada lugar al que dirigía la mirada, la mancha verde del brazo de Jacques Levon. Insistentemente aparecía en cualquier lugar, como una obsesión de la que no pudiese escapar.

Después de cenar pasó de nuevo a su despacho, ante el asombro de Martha, encerrándose allí, durante cerca de tres horas, y luchando con los libros que fueron amontonándose sobre la mesa, hasta formar inconcebibles montañas de difícil e inestable equilibrio.

Vencido por el sueño, subió a su habitación, durmiéndose casi en seguida. Pero la mancha verde continuó poblando sus sueños, hasta adquirir la categoría de una desagradable pesadilla que le hizo despertar sobresaltado varias veces en el curso de aquella noche.

¿Qué nueva clase de enfermedad sería aquélla?

Dando vueltas en el lecho y cuando desesperaba encontrar

el reparador descanso que necesitaba, logró, finalmente, recordar la

próxima llegada de Henri y, aun doliéndose al percatarse de sus desconocimientos, sonrió ya medio dormido, con la agradable idea de que su hijo, al llegar de París, le sacaría de dudas y el pobre Jacques sería inmediatamente curado.

* * *

La estación hervía de gentío y el tumulto, las voces, las despedidas, los pitidos y los gigantescos ecos de los altavoces, formaban un estruendo en el que Henri apenas podía hacerse oír, precisamente en aquel instante en que tanto lo necesitaba.

Encerrando entre sus manos las de Huguette, el joven doctor, junto a la puerta de su vagón, sentía la nostalgia de abandonar muchas cosas que, durante estos últimos años, habían constituido la esencia de su vida. No le pesaba, en realidad, regresar junto a su padre y prepararse a ocupar su puesto de Villebelle. Pero dejar a su prometida que acababa sus estudios en la Universidad de Ciencias Económicas de París le parecía a Henri la prueba más cruel de todas las que, desde hacía unos días, estaba sufriendo.

A pesar de que sabía que la distancia que le separaba del matrimonio se limitaba a algunos meses, Henri, de carácter impaciente y profundamente enamorado de aquella muchacha, maldecía íntimamente la imposición de espera que le imponían una serie de circunstancias, sobre todo su personal problema de instalación en el poblado donde trabajaba su padre.

—¡Escríbeme a menudo! —rogó él.

Huguette movió afirmativamente la cabeza, haciendo que sus cabellos dorados se sacudiesen en una especie de oleada luminosa de fuertes reflejos. Era alta, esbelta, con un rostro inteligente en el que sus hermosos ojos verdes ponían una nota de contraste con la general dulzura de sus facciones…

El silbido de la locomotora hizo que Henri se inclinase sobre ella, la besase dulcemente en la boca, subiendo precipitadamente al estribo cuando ya el tren estaba en marcha. Agarrado al pasamanos, observó, con una cierta emoción, cómo la silueta de la joven se iba empequeñeciendo y haciéndose menos nítida, hasta perderse y borrarse definitivamente en la mancha negra de la gente que ocupaba

el andén.

El viaje fue corto y no tuvo mucho tiempo, durante el trayecto, de pensar en demasiadas cosas. Luego, cuando el convoy penetró en las zonas montañosas, abandonando bruscamente el llano, su atención se volcó hacia el paisaje que le traía un cúmulo de recuerdos.

Su padre le esperaba en la estación, con su coche. Después de los abrazos y las preguntas de costumbre, contestadas aceleradamente como una lección bien aprendida, el silencio cayó entre ambos cuando el vehículo, que conducía el propio Ivés, contorneaba las montañas, por la blanca cinta de la carretera rumbo a Villebelle.

De pronto, Henri, preguntó:

—¿No habrás dejado abandonados a tus enfermos por venir a buscarme, verdad, papá?

El viejo Ives sonrió antes de contestar.

—¡Eso es precisamente lo que he hecho, jovencito! ¡No se recibe todos los días al futuro médico de la ciudad!

Hubo un agradable y emocionante silencio que Henri aprovechó para lanzar, de reojo, una ojeada a su padre.

Le encontraba bien de aspecto, fuerte y dinámico como siempre. El color de sus mejillas demostraba una excelente circulación sanguínea y el brillo de sus ojos, una viveza de intelecto que constituía un placer.

—Escúchame, Henri.

Le extrañó el tono serio que utilizaba su padre. Frunciendo el entrecejo, volvióse, en su asiento, hacia el viejo médico.

—¿Ocurre algo grave, papá?

Ives no contestó, por el momento, a la pregunta de su hijo. Profundamente ensimismado, tenía la mirada turbia, aparentando concentrar toda su atención en la conducción del coche.

—Escucha, Henri. No sé si te acordarás de Jacques, que ahora debe de tener tu misma edad; pero, de seguro, que no has olvidado a los Levon, ¿no es verdad?

—No les he olvidado, papá.

—¡Me lo imagino! —por un instante el tono serio que estaba empleando se dulcificó un tanto al adentrarse su imaginación retrospectiva en aquellos agradables recuerdos —. ¡Te enamoraste de la más pequeña de los Levon! ¡Por eso no los has olvidado, pillastre! Tenías apenas quince años y hube de hablarte muy seriamente, de hombre a hombre... ¡Hace ya bastante que no veo a Pierrette...! ¡Debe estar hecha una mujer!

Miró de reojo a su hijo, con una sonrisa amable en los labios. Pero, casi en seguida, volvió a enarcar las cejas y su amplia frente tornóse a cubrir de arrugas.

—Como te dije antes, hoy he cerrado la consulta, ya que deseaba dedicarte todo mi tiempo. Sin embargo, he hecho uña excepción con Levon, que nos está esperando en casa...

—¿Qué tiene, padre?

—¡Eso es precisamente lo que deseo que veas! el muchacho vino hace un par de semanas, enseñándome una mancha verdosa en el brazo derecho. Al principio creí que se trataba de una enfermedad producida por hongos, en este país de leñadores. Pero, he de confesarte que no logré catalogarla en forma alguna...

—¿De qué color es la mancha? —inquirió interesado el joven.

—Verde oscuro —y después de una corta pausa que Henri no se decidió a romper—. Volvió dos días después y ya tenía cubierto casi la totalidad del brazo. Ahora, la mancha se extiende por todo el cuerpo y empieza a invadir el cuello y el rostro.

—¿Qué síntomas tiene?

—¡Eso es lo curioso! No le duele ni le molesta nada. Durante el día, trabaja como de costumbre y duerme plácidamente, Pero, de vez en cuando, el cuerpo no le obedece en absoluto y permanece como paralizado, aterrado por el temor de quedarse inútil para siempre...

—¡No lo entiendo! —suspiró Henri—. ¡Estoy deseando verlo!

Haciéndose eco del deseo de su hijo, Ives apretó el acelerador, aumentando la velocidad hasta el límite de la prudencia. Conducía maravillosamente bien, a pesar de su edad, pero Henri no prestó mucha atención a aquello, ensimismado en el problema que preocupaba tanto a su padre y que empezaba, para él, a convertirse en algo del mayor interés.

* * *

Durante dos horas, palpó, observó, tocó, auscultó y examinó detalladamente al enfermo. Este, completamente desnudo en el despacho, observaba a Henri con la sincera simpatía de alguien a quien se ha conocido desde niño y jugado con él en el bosque en muchas ocasiones.

El joven médico tomaba notas y volvía a examinar al enfermo, bajo la curiosa y orgullosa mirada del padre que permanecía en el sillón. Los ojos del viejo Ives brillaban de emoción al ver a su hijo convertido en un doctor, de pies a cabeza, íntimamente ligado a él, ya no solamente por los lazos de la sangre, sino por los de la profesión que estrechaban mucho más aquéllos.

Para Henri, todo lo que le rodeaba, incluso la presencia de su padre, se había borrado como por ensalmo. La piel verdosa de su viejo compañero de juegos era la única cosa que le atraía intensamente, mientras su cerebro se esforzaba por encontrar las respuestas a la multitud de preguntas que se presentaban a su espíritu.

Había estudiado la Medicina con ese ardor del que siente en su sangre la fuerza de una irresistible vocación. Por ello, precisamente por ello, dolíase ante aquel misterioso problema cuya íntima esencia se escapaba a sus conocimientos.

Finalmente, lanzó un suspiro y mientras consultaba sus numerosas notas, sin levantar la cabeza del cuaderno en el que las había escrito, dijo con una voz neutra, en la que, no obstante, había un tono de pesar.

—Puedes vestirte, Jacques.

Este lo hizo con premura, como si desease apartar de sus ojos aquel cuerpo cubierto de finísimas granulaciones verdes, que aún siendo el suyo propio, le horrorizaba, causándole una precisa sensación de repugnancia.

Una vez estuvo vestido:

—¿Qué piensas de todo esto, Henri? —inquirió con cierta angustia.

—Es un problema duro, Jacques; pero no imposible de resolver. Mañana por la mañana te vienes por aquí… Iremos en el coche al hospital de Vichy para hacer una biopsia…

—¿Una qué…? —inquirió asustado el otro.

—¡Nada de particular, hombre! Cortaremos un pequeño trozó de piel para examinarlo al microscopio. Así sabremos de qué forma tratarlo para dejarte limpio en seguida.

Los ojos de Levon expresaron el sumiso agradecimiento de alguien cuyas esperanzas dependen de un tercero.

—Se hará lo que tú quieras, Henri… muchas gracias…

—¡No seas bobo! Ya sabes que no dejaré de trabajar hasta dejarte el cuerpo tan limpio como antes. ¡Hasta mañana, Jacques!

El muchacho se despidió, balbuceando agradecimientos, tras despedirse del viejo médico. Este, una vez que los pasos de Levon se perdieron progresivamente en la callé, se encaró con su hijo.

—¿Sabes de lo que se trata, Henri?

Miró a su padre intensamente. Luego, bajando la cabeza, como si toda la culpabilidad recayese absolutamente sobre él.

—¡No! —contestó.

Permanecieron en silencio largo rato, cada uno en su mundo interior, pero vagando por las mismas regiones del espíritu. Luego, Ives se levantó ágilmente de su sillón y pasando su brazo por encima del hombro de su hijo, lo arrastró fuera de su despacho, hacia el comedor, más iluminado que de costumbre, donde Martha, con el gesto adusto, les esperaba, sin llegar a comprender que algo fuese más importante que la cena especial que había hecho para celebrar la llegada del joven.

CAPÍTULO II

MISTERIO TRAS MISTERIO

Una luminosidad verdosa, sin sombra, inundaba el quirófano, prestándole un cierto aspecto de irrealidad. Inclinado sobre el cuerpo de Jacques, Henri Blanchard, después de lanzar una mirada a los cuadrantes de los aparatos de anestesia, había cogido el bisturí entre sus fuertes dedos.

La anestesia —debido a una orden suya de última hora — se había hecho general, en vez de local, procedimiento generalmente utilizado para las biopsias superficiales. Jacques Levon respiraba pausadamente y su tórax, bajo los blancos hilos que delimitaban el campo operatorio, se elevaba y descendía rítmicamente.

Bajo la luz de la lámpara situada por encima de sus cabezas, la piel verdosa del paciente había tomado un sucio tono grisáceo, tremendamente desagradable. Sin un solo instante de duda, Henri hundió el bisturí profundamente en la piel, dejando que los separadores, manejados por uno de sus ayudantes, dilatasen la incisión para poder empezar a ver la profundidad del mal.

Durante la primera media hora, trabajó en silencio y las cosas extrañas y terribles que se iban descubriendo en aquel pobre cuerpo dormido, se reflejaban, sobre todo, en el brillo de las pupilas de los ayudantes que, de vez en cuando, lanzaban ojeadas interrogativas al que estaba operando.

Poco a poco, la verdad cruda y espantosa fue descubriéndose en la mente de todos, instalándose en los espíritus de los médicos, como el resultado de la más alucinante de las pesadillas.

Aquella extensa mancha verdosa, formada de multitud de gránulos, adentraba sus profundas raíces que, como hilos blanquecinos, atravesaban los tejidos y los órganos hasta llegar a ponerse en contacto directo con los nervios pegándose a ellos como raras y minúsculas ventosas, en casi la totalidad de su recorrido por el cuerpo.

Henri había tomado una pequeña porción de aquella misteriosa sustancia y cerrado con cuidado el cuerpo del pobre Jacques, abandonando el quirófano sin quitarse la bata, dirigióse al laboratorio.

Mientras preparaba «aquello», disponiéndolo en finas láminas de cristal, sentía que la angustia iba creciendo en su interior, a medida

que sus ideas sobre aquel problema iban coincidiendo con la realidad. Nada sabía aún concretamente; pero, una extraña intuición parecía decirle ya que iba a encontrarse con un problema completamente nuevo.

Del examen microscópico de aquella verdosa sustancia, no sacó nada en limpio. Por el contrario, observó que las células que componían aquellos hongos, poseían notables diferencias con todas las que él había visto hasta entonces.

Descorazonado, levantó el rostro del tubo del microscopio y volviéndose a la muchacha del laboratorio.

— Haga el favor de limpiar estas preparaciones, señorita.

Estaba dispuesto a comunicar a la Facultad de Medicina de París, aquellos extraños casos, esperando que el profesor Chardoneur, jefe del Laboratorio de Microbiología pudiese esclarecer tan oscuro problema. Mientras recorría los níveos pasillos del Hospital, hacia las cabinas telefónicas, pensaba sin cesar en aquella especie de hongo verde, de constitución singular y de características tan raras. No podía olvidar las hondas raíces que se introducían en el cuerpo de Levon hasta alcanzar los nervios, no hallando en modo alguno una explicación que aclarase aquellos extraños hechos.

Le dieron la comunicación en seguida y momentos más tarde hablaba ya con el profesor de París. Este guardó silencio mientras Henri le exponía, con todo detalle, el resultado de sus observaciones. Pero, cuando el joven médico acabó su relato, hubo de escuchar las palabras que, en modo alguno, esperaba.

—Ya conozco el asunto —dijo la voz del profesor—, aunque de una forma indirecta. Esta misma mañana, la Agrupación de Médicos del Norte de Francia me ha comunicado la existencia de unos doscientos casos de esa nueva enfermedad. Justamente, cuando usted me ha llamado por teléfono, me estaba preparando para salir en avión hacia el Norte. Le ruego que prosiga haciendo cuantas observaciones sean necesarias. A mi regreso a París, me pondré inmediatamente en contacto con usted.

Blanchard colgó el microteléfono, quedando pensativo durante unos instantes. Por muy duro que pareciese confesarlo, la existencia de otros casos de aquella enfermedad, lejos de la zona médica a cargo de su padre, le tranquilizaba un tanto, ya que, sin duda alguna, Chardoneur era el único hombre que podría explicar algo sobre

aquello tan sorprendente.

—¡Doctor Blanchard! ¡Doctor Blanchard!

Los altavoces le llamaban por todas partes. Acercándose a uno de ellos, en cuya parte inferior había un minúsculo micrófono, oprimió el botón del encendido.

—El doctor Blanchard al habla... ¿quién me llama?

—¡Venga en seguida al laboratorio, doctor! ¡Planta siete!

El ascensor le dejó velozmente en la planta séptima. Ya, al salir del pasillo, se percató del revuelo que reinaba ante la puerta del laboratorio.

—Déjenme pasar, por favor..., déjenme...

Se abrió paso, dificultosamente, entre los curiosos que se agolpaban en la puerta. Una vez en el interior, halló a dos colegas que atendían a la enfermera encargada del laboratorio.

—¿Qué ha ocurrido?

El otro no contestó, limitándose a hacer un signo con la cabeza para señalar a la muchacha que había perdido el conocimiento.

Henri hubo de hacer un esfuerzo para retener la exclamación de asombro que pugnaba por salir de su garganta. ¡El rostro de la enfermera estaba cubierto de aquella repugnante masa verdosa!

—Pero... —balbuceó —, ¿qué ha ocurrido?

Los otros dos médicos se encogieron de hombros. Uno de ellos, el que tomaba el pulso a la muchacha, volvióse hacia él.

—Sabemos menos que usted. Cuando llegamos, atraídos por los gritos de esta joven, la hallamos en el suelo, desvanecida. Alguien nos dijo que había estado usted aquí, examinando unos hongos y por eso le hemos llamado.

Henri se acercó a la joven, examinando con detalle aquella mancha que ya le ocupaba la mayor parte de la cara, por su lado derecho, en una masa que se extendía desde el cuello hasta el pómulo.

¡No podía haber duda alguna! Se trataba del mismo mal que afectaba a Levon; la misma mancha rugosa, el mismo color verde oscuro, de

aspecto tremendamente repugnante.

La joven volvía en sí.

—¿Dónde estoy?... ¿Qué ha pasado?

Tardó aún algunos segundos en darse cuenta de lo que le había acontecido; luego, al mirar hacia el espejo que había dejado caer y cuya luna biselada se había partido en pedazos que refulgían en el suelo, llevóse la diestra al rostro sin que, no obstante sus deseos, sus dedos tocasen la piel. Un gesto de repugnancia afeó aún más su cara. Después, como hablando con ella misma:

—¡Fue horrible!... Cuando me disponía a limpiar los portaobjetos y el tubo de ensayo... ¡esos malditos hongos verdes me saltaron a la cara!

Había entornado los ojos y miraba hacia un punto invisible de la estancia, como si su mente estuviese profundamente ocupada en algo... De repente, sus ojos tropezaron con los de Henri, dando inmediatamente un grito de horror.

—¡Usted es el culpable, doctor Blanchard!... ¡Quíteme esas cosas verdes!... ¡Usted tiene la culpa de todo!

Henri intentó calmarla inútilmente. Percatándose de que lo mejor era alejarse de allí, salió del laboratorio, en el preciso instante que un empleado del Hospital le rogaba que pasase por el despacho del director.

Este, con un gesto adusto y serio, le interpeló sin invitarle a que tomase asiento, permaneciendo él también en pie.

—¿Podemos hacer algo rápido por esa muchacha?

—No.

—Está bien. Le ruego, doctor Blanchard, que abandone el Hospital inmediatamente, en compañía del enfermo que ha traído aquí. Comprenderá que no estoy autorizado a exponer al personal y a los enfermos, a una clase de peligro tan contagioso y de acción tan inmediata. ¡Adiós, doctor!

No alargó la mano, quizá por miedo a una infección, y Henri se dispuso a salir. Pero antes de cerrar la puerta volvióse hacia el director:

—Debo decirle —manifestó con voz dura— que esa señorita ha sido la sola culpable de lo que le ha ocurrido. He podido comprobar que limpió mis instrumentos sin usar los guantes reglamentarios.

Abandonó el Hospital, sentado junto a Jacques, en la rápida ambulancia que les conducía a Villebelle. El paciente, echado en la camilla, no había salido aún de la anestesia y de su boca entreabierta salían confusos sonidos, como estertores, al tiempo que un hilillo de saliva blancuzca le caía sobre el mentón.

Los pensamientos de Henri giraban obsesivamente alrededor de aquella enfermedad, habiendo olvidado las crudas palabras del director del Hospital, que solamente le produjeron, en el momento de oírlas, un cierto mal humor.

El problema estaba allí, junto a él, en la piel verdosa de su amigo, en la piel verdosa de la desdichada enfermera y en la piel de todos aquellos casos del Norte de Francia.

Se dolía íntimamente de haber iniciado el ejercicio de su carrera con aquel caso en el que toda su ciencia reciente había fracasado. No era que hubiese perdido la fe en la medicina, lejos de ello; pero la aparición de la misteriosa enfermedad y la carencia de medios para combatirla le ponía fuera de sí.

Empezaba a comprender ahora aquellos síntomas de los que había hablado Jacques; aquella imposibilidad de «mandar» sobre un miembro, cuando éste no obedecía, se explicaba por la acción de los hongos verdes sobre el sistema nervioso: las finas prolongaciones, semejantes a delgadas y largas patas, que atravesando los tejidos se pegaban a los nervios, explicaban perfectamente la acción autónoma de las partes invadidas por la enfermedad verde.

Ensimismado y hundido en el curso pesimista de sus ideas, no se percató de que el enfermo se estaba incorporando lentamente, hasta que logró sentarse sobre la camilla.

El rostro de Henri estaba vuelto hacia la ventanilla, por la que parecía contemplar el paisaje huidizo, cuando en realidad su mirada se perdía en sus propios pensamientos. Por ello no pudo ver el rostro de Jacques que, en aquellos momentos, expresaba corroborando por el siniestro brillo de sus ojos, un inconcebible odio.

Lentamente, el paciente fue incorporándose del todo, hasta que su alta estatura se irguió a espaldas del joven médico. Todo su estado repugnante anterior había desaparecido, dejando paso a un aspecto

completamente normal, que lo hubiese sido totalmente, a no ser por la deformada expresión de su rostro.

Milímetro a milímetro, sus brazos se extendieron en dirección a su amigo. Las verdes y rugosas manos semiabiertas, con los dedos en gancho, formaban ya, antes de entrar en contacto con el cuello de Henri, un mortal dogal.

Se había entreabierto de piernas para mantener el equilibrio que la veloz marcha de la ambulancia ponía a cada instante en peligro. Encorvándose un tanto, fue disminuyendo la distancia que le separaba de Henri, hasta que, finalmente con un brusco y bárbaro avance, sus manos, se cerraron, como un cepo de un repugnante verde alrededor del cuello del médico.

Este logró apenas, en un instintivo movimiento de defensa volver el rostro para contemplar los ojos inyectados en sangre de su amigo, en los que se leía su sentencia de muerte.

CAPÍTULO III

SE EXTIENDE EL MAL

Apretó el acelerador, deseando atravesar cuanto antes los barrios extremos de Oslo. Al llegar a las amplias y concurridas avenidas hubo de disminuir la velocidad, mordiéndose los labios de impaciencia.

En los diez años que llevaba al servicio de la más importante Compañía maderera de Suecia, cuya casa central estaba situada en la capital de Noruega por diversos intereses de tipo bancario, aquella era la primera vez que llegaba a Oslo presa de una preocupación cuya intensidad iba constantemente en aumento.

Se imaginaba ya la expresión de sorpresa y cólera que pondría Tolsen el director general, cuando supiese lo que ocurría. Pero, en realidad, lo que más interesaba a Hunk, mientras conducía su coche por el centro de la ciudad, era el resultado catastrófico que podía tener todo aquello para él.

Rememorando su labor en los bosques del Norte, el joven capataz no tenía más remedio que confesarse que, en algunas ocasiones, se había mostrado débil para aquellos gigantescos hombres del bosque, que parecían tallados a golpes del hacha que manejaban tan formidablemente.

Hunk no era directamente el responsable de poseer un corazón sensible y, en algunas ocasiones, había dado muestras de preocuparse de sus muchachos, como él solía llamarlos, como si se tratase de sus propios hermanos. A pesar de todo, y ya viendo la fachada grisácea del edificio de la Compañía, el joven no lograba llegar a asociar plenamente su cariño hacia los hombres y el grave asunto que le traía a Oslo.

Frenó violentamente su vehículo, aparcándolo metódicamente entre las dos líneas blancas, pintadas sobre el asfalto y que estaban libres. Luego, saltando del coche, sin quitar la llave de contacto, penetró por la descomunal entrada sobre cuyos dos lados, inscritas en una placa de brillante metal, se repetían las iniciales de la más importante Compañía maderera del mundo.

Tuvo que esperar, como de costumbre, una media hora larga que, en aquella ocasión, le pareció sencillamente interminable. Tolsen estaba

acostumbrado, una vez cada dos meses, a recibir la visita de su más importante capataz y de antemano pensaba indudablemente que sólo motivos de interés general empujaban a Hunk, desde los lejanos bosques del Norte a la capital.

Cuando la secretaria de Tolsen le rogó que pasase al despacho del director, el joven sintió, durante la pequeña distancia que hubo de recorrer, que las fuerzas desaparecían de sus piernas, proporcionándole una curiosa y desagradable sensación de desequilibrio.

—¡Hola, Hunk! —saludó el director tendiéndole calurosamente su mano.

Hunk dejó que el otro, un hombre de unos cincuenta años, de cabellos ligeramente grises, anchas espaldas, habituado también a la vida sana de los bosques —se había ganado el puesto empezando a cortar maderas hacía muchísimo tiempo—, hablase de cosas intrascendentes como solía hacerlo cada vez que recibía su visita.

Pero, como el joven lo esperaba, fue el propio director quien se percató en seguida de la sombría faz de su acompañante. Entonces, toda la jovialidad que expresaba el rostro de

Tolsen pareció disolverse, dando paso a una expresión de gran seriedad.

—¿Ocurre algo grave, Hunk?

El joven capataz conocía sobradamente a su director para saber que éste no era amigo de prólogos extensos y que gustaba extraordinariamente saber las cosas, fueran las que fuesen, directamente y desde el principio. Así, sin rodeos, se decidió a explicar lo que le había llevado allí.

—Sí, en efecto, algo ha ocurrido y de mucha gravedad, señor Tolsen. Hace seis días, aproximadamente, todos los obreros, después de haber cortado la totalidad de la madera prevista y cuando nos disponíamos a lanzarla a los ríos para llevarla hacia el Sur, han desaparecido.

—¿Desaparecido los leñadores?

—Sí, señor. Cuando subí al monte para iniciar la tarea no encontré ni a uno solo. Inmediatamente recorrí toda aquella parte para ver si se habían reunido en algún sitio o les ocurría algo; pero, después de marchar de un lado para otro durante todo el día no conseguí

hallarlos.

—¿No ha observado usted nada anormal en estas últimas semanas?

—Nada que pueda calificarse como extraordinario. A no ser, como ya lo sabe usted, el detalle del general anticipo que solicitaron todos y que usted me remitió desde aquí.

Hizo una mueca, demostrando una profunda reflexión. Luego, con el mismo tono de voz, continuó hablando.

—Hay, sin embargo, un detalle curioso que me llamó la atención desde el principio. Me enteré por casualidad; pero, cuando lo supe, no le di toda la importancia que estoy descubriendo ahora.

—¿De qué se trata? —preguntó Tolsen, visiblemente impaciente.

—Verá usted. Una vez que les hube pagado, aprovecharon el sábado por la tarde para descender ai poblado y comprar lo último que se me hubiera ocurrido pensar: armas. Armas de todas clases y cartuchos en gran cantidad. No me di mucha cuenta de las consecuencias de aquella inesperada conducta, ya que pensé que desearían, después de acabar el trabajo de lanzar los troncos al agua, dedicarse a la caza, yéndose unas cuantas docenas de millas al Norte donde, como usted sabe, abunda extraordinariamente.

—Pero... —protestó vivamente el director— ¿cómo podría usted pensar que todos, absolutamente todos, deseaban ir de caza?

Hunk comprendió en aquellos momentos el poco fundamento que había tenido al no juzgar las cosas desde otro punto de vista. Pero estaba acostumbrado a la tranquilidad de los bosques, donde jamás existían las complicaciones de las ciudades, donde la tranquilidad y la paz estaban siempre de acuerdo con la grandiosidad de la Naturaleza y nunca supuso pudiera haber ocurrido aquello.

¿Cómo podía él haber pensado en que la compra de armas estaba relacionada con la deserción en masa de sus muchachos?

Tolsen se había puesto en pie y fumaba más nerviosamente que nunca. De repente, tornóse decididamente hacia el capataz.

—Vamos a coger mi avión y no pararemos hasta encontrar a esos estúpidos. Si lo que deseaban era una prima mayor o cualquier otra cosa, debían haberlo solicitado por escrito, como lo hacen corrientemente.

Utilizaron el coche de Hunk para trasladarse al aeropuerto, donde Tolsen se paseó impacientemente esperando que le preparasen su avión. Sólo volvió a recuperar la tranquilidad cuando ya Oslo no era más que un brillo lejano en el horizonte.

Tomando francamente un rumbo Norte, se dirigieron directamente hacia la parte de la Península Escandinava en la que las fronteras entre Suecia y Noruega se acercan más y más a la rocosa costa. Luego, después de haber sobrevolado el Sulitebna, torcieron hacia el Este para empezar a descender por la costa del Golfo de Botnia, de forma a examinar todos los grandes bosques que pertenecían a la Compañía que dirigía Tolsen.

Este no dejaba de mirar a las manchas verdes que se extendían hasta el infinito, ofreciendo un maravilloso espectáculo de una belleza indescriptible.

Perdiendo paulatinamente altura, el avión fue recorriendo en curvas cada vez más cerradas las zonas en las que Tolsen pensaba encontrar a los fugitivos. No se extrañó, pues, de hallarlos junto a uno de los pequeños lagos, reunidos en un campamento, cuyas hogueras lanzaban verticales columnas de humo en aquella tarde en la que la brisa parecía faltar completamente.

—¡Ahí están!

Hunk miró a sus hombres, que no eran más que pequeñas hormigas desde la altura en que los contemplaba, preguntándose qué misteriosas causas podían haberlos impelido a obrar de tan absurda manera.

Como el avión del director estaba dotado de un doble tren de aterrizaje, pudiéndose convertir en hidro cuando se desease, no tardaría mucho en conocer todo lo que ardientemente deseaba saber.

El aparato, después de un planeo suave, amaró sobre las límpidas aguas del lago, moviéndose velozmente hacia la orilla.

Al descender del avión, los dos hombres se percataron de que la pequeña distancia que, vista desde arriba, les separaba del campamento era, en realidad, superior a dos millas.

Tolsen, hombre eminentemente práctico, había desembarcado dos rifles del avión, entregando uno de ellos a Hunk, que, como la mayoría de los leñadores, no iba armado más que de una pistola que llevaba colgada del cinturón.

Avanzaron rápidamente, empujados por el deseo de terminar de una vez con una situación que ambos calificaban igualmente de absurda e intolerable.

No se dieron exactamente cuenta de todo lo que podía producirse hasta que las balas silbaron alrededor de ellos, como un grupo de encolerizadas avispas» Entonces, y por primera vez, los dos hombres se percataron de que las cosas habían llegado demasiado lejos.

Todo lo que Hunk tenía de buen corazón y lo que su director ostentaba de tranquilidad y mesura, no impedía a los dos hombres tener un coraje y una valentía a toda prueba. Acostumbrados a vivir en un ambiente rudo y en lugares donde las sangrientas peleas son la conclusión lógica de la sociedad y del fastidio de la vida en el bosque, comprendieron en seguida cuál era su papel y, dejándose caer al suelo contestaron a la agresión.

Tolsen indicó a su compañero en pocas palabras, mientras no dejaba de disparar contra los leñadores, que debían replegarse hacia el avión y volver rápidamente a Oslo para pedir ayuda a las autoridades.

La lucha se hizo cada vez más intensa y los leñadores fueron cerrando en cerco, cortando el paso de los dos hombres hacia el lago. Ellos también habían visto el avión y deseaban no dejar que sus atacantes pudiesen regresar en busca de ayuda.

Pero, por muy inteligentes que fuesen, tropezaban con la astucia de Tolsen y la valentía ciega de su antiguo capataz. Dándose cuenta de la maniobra de sus enemigos, los dos hombres simularon considerarse perdidos, dejando que sus enemigos se acercasen por uno de los lados, para lanzarse violentamente hacia aquel sitio, rompiendo y atravesando el cerco entre una verdadera lluvia de balas aún a riesgo de quedar sobre el terreno.

—¡Al avión, de prisa!

Corrían como gamos, sintiendo el silbido de los proyectiles y el ruido seco que éstos hacían al hundirse profundamente en la añosa corteza de los árboles.

De repente, uno de los leñadores, corriendo velozmente, describió una curva adelantándose a los dos hombres con la clara intención de cerrarles el paso.

Hasta aquel momento, Tolsen y Hunk habían disparado como en una verdadera batalla, sin poder percatarse exactamente de la efectividad

de sus disparos, lo que quería decir que no habían visto caer a ningún leñador. Pero, entonces, cuando la carta más valiosa de aquella baza estaba en juego, el director de la Compañía Maderera no dudó un solo instante en suprimir el peligro que se les avecinaba y, apuntando cuidadosamente con el rifle a las piernas del insurrecto, disparó dos veces consecutivas.

El hombre se desplomó pesadamente, dejando ver, al caer, la totalidad de la silueta del hidroavión que su persona cubría casi por entero.

—¡Déme su rifle y cójalo! Tendremos siempre necesidad de un testigo de la parte contraria en Oslo.

Hunk comprendió perfectamente las intenciones de su jefe. Llevando a la capital a uno de aquellos rebeldes, estaba seguro de conocer los motivos que habían empujado a los leñadores a huir del trabajo y armarse como vulgares bandoleros.

Cogió al hombre, cargándoselo sobre sus recias espaldas y prosiguió su carrera, en pos de Tolsen, hacia el cercano avión.

Momentos más tarde, sin dejar de oír el silbido cada vez más insistente de las balas, el aparato se puso en marcha, dejando detrás una estela de espuma en la que la luz del sol forjaba, a veces, la luminosa quimera de su arco iris.

* * *

Tolsen, deteniendo el nervioso paseo que le estaba haciendo recorrer la estancia, de un lado a otro, interminablemente, aplastó lo que quedaba de un cigarrillo sobre la brillante superficie del cenicero de plata, en cuyo centro había una inscripción, una emocionante dedicatoria y un sincero deseo de prosperidad que, años antes, le habían dedicado gentilmente sus leñadores.

Volvió a leer aquellas palabras que tanto le emocionaron el día que recibió el regalo, aunque no era necesario que las leyese, pues las conocía de memoria. Luego, miró a la cerrada puerta detrás de la cual estaban examinando al leñador herido que habían recogido a la orilla del lago.

Por su parte, Hunk, sentado en uno de los sillones del salón, se

acariciaba insistentemente la barbilla, intentando coordinar el caos de ideas que dominaba su mente. También él se había dado cuenta de que el director leía la inscripción del cenicero y recordó perfectamente el lejano día de aquella ceremonia, comparándolo con las horas de angustia y preocupación que estaban pasando.

La puerta se abrió y los dos hombres, al unísono, se acercaron al que acababa de aparecer en el dintel, vestido con la blanca bata profesional y tras cuyas espaldas se veían a sus ayudantes que también miraban curiosamente al director y a su capataz.

El doctor, tras hacer una seña a los suyos, cerró la puerta, acercándose a uno de los sillones, donde se dejó caer pesadamente. Después, hizo un nuevo gesto con la mano para invitar a los otros a que tomaran asiento.

—Las heridas que ha recibido ese hombre no tienen ninguna importancia —dijo, dirigiéndose principalmente a Tolsen —. No debe usted preocuparse por ello, señor director. Sin embargo, hay algo mucho más grave y que he visto hoy, por primera vez, aunque ya había recibido noticias de los colegas de otros países, principalmente de los médicos franceses.

»Ese leñador padece un mal cuyo origen y gravedad no pueden ser calculados ni remotamente. Los profesores franceses, que han sido los primeros en observarlo, lo han bautizado con el nombre de «enfermedad verde», debido al color que cubre la piel de los que la padecen.

»Pero, justamente y por mera casualidad, he leído hace unas horas una importantísima comunicación, llegada esta mañana de París, donde se me comunica que la totalidad de los pacientes que en Francia sufren dé la «enfermedad verde» han huido de los lugares en que se encontraban.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Hunk.

Los ojos del doctor, abandonando la mirada que hasta entonces había recaído totalmente sobre el director, se volvieron hacia el capataz, al que conocía también desde hacía mucho tiempo.

—Esa es, amigo Hunk, la mejor palabra para calificar todo esto. «Fantástico». Desde muchos puntos de vista, el misterioso origen de la enfermedad, sus manifestaciones y la especie de locura solidaria que parece producir es, totalmente fantástico…

»No me extraña nada que los leñadores hayan huido hacia los bosques sin motivo aparente. Se está estudiando, en muchas universidades europeas, el medio de combatir esta terrible enfermedad. Pero, por el momento, tendremos que soportar las consecuencias de todo esto, hasta que la luz se haga en las espantosas y alucinantes tinieblas que nos rodean.

—Todo eso es muy interesante —opinó Tolsen —, pero yo estoy obligado a hacer algo. Si todos estos obreros se han convertido en seres inútiles para el trabajo deberemos montar nuevos equipos para poder entregar la madera a su tiempo. Lo que me preocupa tremendamente es que esos pobres muchachos se conviertan en un peligró' para los nuevos equipos y que dificulten el acarreo de los troncos hasta los ríos. Por eso voy a solicitar a las autoridades el envío de alguna unidad de tropa para que proteja los trabajos.

Todo aquello no hacía más que demostrar que un nuevo peligro se estaba cerniendo sobre los humanos. De la misma manera que el doctor, Tolsen y Hunk preferían no hablar más del asunto, miles de hombres deseaban también huir de aquella pesadilla que se había presentado de una manera tan inesperada.

En aquellos momentos y en muchos países de Europa, los casos de la «enfermedad verde» aumentaban sin cesar. Una corriente de comunicaciones médicas se movía de una nación a otra, aumentando constantemente los archivos y planteando nuevos y arduos problemas de todo orden.

¿De dónde había llegado y cómo se había producido la

Aquélla era la pregunta que quemaba los labios de los hombres de ciencia y de los familiares de los desdichados enfermos. Era la pregunta que sacudía al mundo en aquel año de 1.990, fecha que iba a quedar grabada como una de las más luctuosas de la Historia.

CAPÍTULO IV

«PALABRAS DE HORROR»

Fue una preciosa intuición la que hizo que Blanchard se percatase, en el preciso instante, del ataque de que iba a ser objeto.

Al ver que su amigo se había levantado de la cabina y se precipitaba furiosamente contra él, Henri encogió el cuerpo, como un resorte, lanzando su puño derecho hacia el rostro verdoso que tenía al lado.

Levon, impulsado por el golpe que acababa de recibir, retrocedió balanceándose intensamente, sobre todo por el movimiento de la ambulancia. El médico se dio cuenta de que debía aprovechar aquella favorable circunstancia. Incorporándose, avanzó hacia el enfermo, golpeándolo furiosamente de nuevo, y derribándolo definitivamente sobre la camilla, a la que lo ató sólidamente.

Luego, con curiosidad puramente profesional, examinó a su paciente, preguntándose los motivos de aquel brutal ataque de locura homicida que se había apoderado de él.

Era ya seguro que la enfermedad, limitada en principio a la piel y a los músculos, producía profundos trastornos mentales, cosa que habría de tenerse en cuenta y comunicar cuanto antes a los otros médicos que habían observado la misma enfermedad. Blanchard se sentía cautivado por aquel problema, olvidando rápidamente el mal momento que acababa de pasar.

Estaba acostumbrado a tratar a los más diversos enfermos y conocía los peligros que para los médicos tenían ciertas reacciones brutales, sobre todo en los enfermos mentales, con los que había convivido cierto tiempo en uno de los hospitales de París.

Al llegar al poblado, hizo que la ambulancia se dirigiese directamente a la casa de su padre, instalando al enfermo en una habitación cómoda y sana del segundo piso, pero sujetándole con correas en el lecho, de forma a evitar que pudiese atentar contra su vida en uno de aquellos incontrolables ataques de furor.

Después de bañarse, Henri descendió al despacho, donde ya le esperaba su padre.

Contó al viejo doctor todo cuanto había acontecido, detallando lo que pasó en el hospital y la manera fulminante en que se había contagiado la enfermera del laboratorio.

El viejo Blanchard escuchó atentamente a su hijo, frunciendo profundamente el entrecejo al comprender que la nueva enfermedad era un problema mucho más horrible de lo que había pensado al principio. Luego, hombre eminentemente práctico y que no perdía de vista, como todo los médicos rurales, los problemas íntimos de las familias de sus enfermos, preguntó a Henri:

—¿Qué vas a decir a los Levon?

El joven se dio cuenta de que había olvidado visitar a aquellas pobres gentes que, sin duda alguna, estarían sufriendo indeciblemente por el estado de Jacques.

—Voy a ir a verlos hoy mismo, papá. Me doy cuenta de que un médico de una pequena localidad como ésta no tiene que ver nada con lo que hacíamos en París. Allí solamente teníamos relación con el enfermo y jamás nos preocupábamos de lo que podían pensar los familiares...

Se percató entonces de la maravillosa labor que había realizado su padre durante tantos años. En el pueblo, era todo completamente distinto y el doctor debía preocuparse de mil pequeños detalles que pasaban desapercibidos para el médico de la ciudad.

Miro a Ives, a sus cabellos blanquecinos, a su frente surcada de profundas arrugas, a sus ojos húmedos.

Aquel era su padre, un hombre que había trabajado incansablemente, distribuyendo ciencia y regalando bondad en el seno de cada familia que había confiado en él. Nunca sintió Henri más intensamente la importancia de la vocación para hombres que, como su padre, vivían en el sacrificio de su trabajo lejos de la gloria de sus colegas de las grandes ciudades.

Levantose y acercándose al anciano le besó cariñosamente en la frente. Luego, con voz emocionada:

—Ve a descansar, papá. Voy a coger tu automóvil para ir a ver a los Levon.

Mientras se alejaba del poblado, hacia las propiedades de su antiguo amigo de infancia, Blanchard sentía renacer todo aquello que había permanecido en el fondo de su memoria. No había cambiado mucho el

paisaje donde corrió y jugó de niño, uniendo sus travesuras a las del muchacho que ahora yacía cubierto de aquel repugnante color verde.

Al sentir la incapacidad de toda la ciencia que había estudiado, dióse cuenta del limitado poder de la medicina, en la que había llegado a confiar por entero. Pero, recordando los grandes descubrimientos y los tenaces trabajos, en la lucha diaria contra la enfermedad, se sintió seguro de que el nuevo mal sería igualmente vencido.

Los Levon habitaban una extensa mansión rodeada de bosques y de tierras de labor, en medio de un pintoresco paisaje en el que la Naturaleza parecía haber querido reunir los más bellos y decorativos detalles. Un arroyuelo, un puente rústico que Blanchard recordaba en sus menores detalles, una vieja noria que giraba lentamente, a pesar cíe ser impulsada por la electricidad, como si la nueva fuerza desease, en recuerdo del viejo caballo que movía la noria, respetar la lentitud y el encanto de algo que había desaparecido totalmente...

Henri detuvo el vehículo en la amplia explanada que antecedía a la casa. Luego, sintiéndose un tanto nervioso, atravesó el umbral, penetrando en el interior del edificio como solía hacerlo antaño cuando, de niño, llegaba para buscar a su amigo.

Le extrañó bastante el silencio de aquella casa que había sido siempre ruidosamente alegre, llena de canciones y de trinos, como una maravillosa jaula que hubiese reunido todos los pájaros del cercado bosque.

Después de atravesar un amplio zaguán, penetró en un salón cuyos muebles conocía perfectamente y que, al comprobar que no habían cambiado ni de sitio ni de aspecto, le proporcionó un intenso gozo, unido estrechamente a los recuerdos que iban surgiendo de lo más profundo de su memoria.

Permaneció unos instantes en el centro del salón, confuso y dudando si debía o no llamar la atención de las gentes de la casa. Pero, cuando se disponía a hacerlo, una voz, hiriente como el recuerdo más vivo, sonó a su espalda.

—¿Qué desea usted?

Tardó en volverse, saboreando por anticipado la sorpresa que le iba a proporcionar en cuanto lo hiciese; luego, dando ¡a vuelta, se percató de que también él debía naturalmente sorprenderse.

—¡Pierrette!

—¡Henri!

Se quedaron inmóviles, contemplándose con curiosidad y esforzándose ambos en darse cuenta de todo lo que habían cambiado. Para Henri, la imagen de aquella joven que tenía ante él era quizá mucho más distinta de la chiquilla con la que había jugado, que la imagen que de él estaba viendo la propia Pierrette.

¡Cómo había cambiado!

El joven doctor buscó inútilmente aquellas pecas que salpicaban el rostro de la muchacha, aquella boca en la que faltaban algunos dientes, que luego salieron más tarde, aquellas trenzas de las que tanto había tirado y, en fin, aquel conjunto desaliñado y neutro de la niña de otros tiempos.

Todo se había convertido, —estilizado, transformado en belleza, como si bajo la acción de la varita mágica de cualquier hada, aquel conjunto que tanto le había hecho reír de pequeño, se hubiese transmutado en la hermosa mujer que ahora le miraba con la misma simpatía de siempre.

Se sentaron y Henri, prefiriendo dejar para lo último las tristes noticias de que era portador, se lanzó a esa conversación que suele tenerse cuando, después de una larga ausencia, parece interesar más el pasado común que lo que se ha hecho mientras se estaba lejos.

Un poco más tarde, la joven fue en busca de sus padres y ya todos juntos, en un silencio de significación inequívocos, que subrayaban las directas miradas de los ancianos al médico, éste se percató de que había llegado el momento de cumplir su doloroso deber.

Habló largamente y con lentitud, buscando cuidadosamente las palabras que" hiciesen menos daño, que dijesen poco y que expresasen la mayor esperanza posible. Huyó de todas aquellas expresiones que hubieran podido perturbar la tranquila confianza que leía en los ojos de los padres de su amigo; de aquella confianza de la que era sólo un portador indirecto, ya que pertenecía por entero al viejo doctor Blanchard, que había sabido crearla con esfuerzo.

Nunca se dio cuenta como entonces de la maravillosa labor que su padre había realizado y de la sonrisa que, al nombrarle, surgía en los labios de aquellas pobres gentes. El nombre de Blanchard estaba íntimamente unido a la esperanza y hacía huir los temores de que las cosas acabasen prematuramente mal.

Después de haber tranquilizado a los viejos, Henri se dispuso a abandonar la casa, siendo acompañado hasta el coche por Pierrette; una Pierrette que empezaba a perturbarle de una inesperada manera.

Ya de vuelta, mientras recorría los mismos caminos que había corrido de pequeño, la belleza de todo aquello pareció colocarse en un alejado segundo término, cuyo primer plano ocupase la figura de la muchacha, sus ojos, el intenso brillo de su mirada y sus graciosos y espontáneos ademanes.

Sintió, como un remordimiento, el recuerdo de la novia que había dejado en París. Durante una buena parte del trayecto, luchó lo indecible para serenar su espíritu, intentando alejarse de todo aquello al pensar en la enfermedad, que debía ser —así se lo decía a sí mismo— la única cosa que debía preocuparle.

Al dar la vuelta al último recodo que le separaba de su casa, le extrañó sobremanera ver el gentío que se amontonaba a la puerta de la mansión. Frenando en seco, saltó ágilmente del coche, abriéndose fácilmente paso entre los curiosos, sin osar hacer pregunta alguna.

Una vez dentro de la casa, volvió a sorprenderse al encontrar en el salón al jefe de policía local que, en compañía de varios agentes, hablaba acaloradamente. Al verle, el policía dejó de hablar y un profundo y molesto silencio reinó en la habitación.

Henri permaneció unos instantes contemplando Sos rostros serios de aquellos hombres, intentando adivinar lo que estaban haciendo allí. Luego, decidiéndose.

—Soy el hijo del doctor Blanchard. ¿Pueden decirme lo que ha ocurrido?

El jefe de la policía local se acercó a él y tomándole cariñosamente por el brazo, le condujo al despacho del viejo médico.

Durante unos instantes, ambos hombres permanecieron en silencio. Después, el policía, evidentemente nervioso, se decidió a romper aquella molesta quietud que hacía irrespirable la atmósfera.

—Tengo que decirle... —se veía en seguida que buscaba las palabras adecuadas —...tengo que decirle —repitió— que su padre ha sufrido un accidente.

—¿Dónde está?

—Arriba.

Henri no escuchó más y saliendo velozmente del despacho, subió las escaleras que conducían a la segunda planta, de cuatro en cuatro.

En el pasillo que cruzaba la casa, de lado a lado, en el piso superior, halló otro agente ante la puerta de la habitación en la que había colocado a Levon. Sin saber exactamente hacia dónde dirigirse, el joven se detuvo ante el policía que, evidentemente, no le conoció.

—Soy el hijo del doctor Blanchard.

El otro le miró curiosamente; luego, haciéndose respetuosamente a un lado.

—Es aquí.

Henri empujó suavemente la puerta, que chirrió mientras la abría.

Esperaba encontrar algo horrible, pero nunca podía imaginar, ni remotamente, la realidad de lo que le esperaba al otro lado de aquella puerta.

Su padre yacía, en medio de la estancia, sobre un charco de sangre, cuyo color derivaba ya definitivamente hacia el negro. No lejos de él, el cadáver de Martha yacía también, de una forma parecida.

Apretando los puños, permaneció inmóvil, intentando dominar la angustia que se iba apoderando de él. Sintió perfectamente los temblores internos que sacudían su cuerpo, el atroz nudo que se formaba en su garganta y la dificultad de la respiración que resultaba de todo aquello.

Luego, lanzando un ronco grito de dolor, dejóse caer de rodillas junto al cadáver del viejo doctor Blanchard, cuyos abiertos ojos parecían demostrar aún la extrañeza que había sentido antes de morir.

* * *

¿Por qué hacía aquello?

Era difícil, sumamente difícil, explicárselo., Sinceramente, no era una reacción normal, ni mucho menos, la que le había empujado, después

de conocer, por boca de la policía, la probable versión de lo ocurrido, a lanzarse furiosamente a la busca de Jacques.

Había olvidado, por completo, todo cuanto se relacionaba con cualquier cosa que no fuese la venganza de la muerte de su padre. De nada le sirvió razonar sobre los inconscientes motivos que pueden mover a un enfermo por el anormal camino de la agresión; de nada le sirvieron tampoco las palabras de las gentes, las de la policía y las de la joven Pierrette que intentó separarle de aquella poco juiciosa idea.

Llevaba tres días, con el rifle en la mano, siguiendo las huellas de Levon, a través del bosque en el que ambos habían jugado juntos hacía mucho tiempo. Y el silencio inacostumbrado del bosque, el suave rumor de las pisadas y todo cuanto le rodeaba, parecía expresar la extraña consistencia de su presencia y lo absurdo de una conducta de la que ahora no podía ya librarse.

Buscar a Levon y matarlo como a un perro. Aquella era la frase que se repetía, una y mil veces, mientras los brillantes ojos escudriñaban cada rincón del bosque» cada macizo de maleza, cada estrecho y angosto valle, donde antaño había creído encontrarse en fantásticas selvas de los más lejanos e imposibles países.

Estaba seguro de que seguía la buena pista; pero, además, había encontrado ya huellas y signos que demostraban el camino que seguía el fugitivo. Un trozo de las correas con que le había atado al lecho, el jirón de la camisa, que quedó enganchado en un zarzal…

Anduvo aún casi una semana por aquellos interminables bosques, al tiempo que su idea de venganza iba perdiendo paulatinamente fuerza. La razón volvía a su espíritu, mostrándole la tremenda anormalidad que estaba realizando, al intentar vengarse de un pobre enfermo que no había sido dueño de sus actos y que obedeció solamente a los ciegos impulsos que había despertado la enfermedad.

No obstante, era muy tarde para detenerse y aunque ya no perseguía nada concreto ni terrible, deseaba al menos encontrar a Jacques para llevarlo a un sitio donde no pudiese hacer daño a nadie, ni revolverse contra sí mismo.

Fue así como penetró en la parte más intrincada del bosque y que desconocía por completo. Nunca, en sus años de niño, se había aventurado a adentrarse por aquella parte salvaje donde, debido a la escasez de árboles y al dominio casi exclusivo de la maleza, tampoco habían penetrado los leñadores de la comarca.

La noche antes de descubrir a su antiguo amigo, durmió en una vieja y casi destrozada cabaña de pastor, situada en un claro del bosque, en el camino que conducía a una región de pastos vecina. Por la mañana se levantó sintiéndose algo raro, como si adivinase lo que iba a ocurrir, sin poder precisar lo que le deparaba aquel día nefasto.

Siguió el sendero que continuaba el camino que había tomado desde el principio, descendiendo por un estrecho valle, cuyos lados eran completamente impracticables, a causa de lo complicado y espinoso de su vegetación. Después de caminar casi toda la mañana, cuando descansaba un poco, en un lugar donde la sombra era pequeña y mezquina, oyó voces, no lejos de allí, que le llamaron inmediatamente la atención.

Moviéndose con suma precaución, avanzó hacia el lugar de donde salían las voces, logrando colocarse en un sitio desde el que podía ver todo sin ser, a su vez, visto.

Se restregó los ojos varias veces, creyéndose presa de una alucinación. Pero, a medida que la realidad fue incrustándose en su cerebro, sin ofrecer la menor duda de su existencia, el terror sucedió a la sorpresa.

Tenía ante él una pequeña explanada en la que se agrupaban cerca de un centenar de hombres. Todos ellos, absolutamente todos, ofrecían la marca verde de la terrible enfermedad que sufría el joven Levon.

En general, la intensidad del color verdoso, visible en las partes descubiertas del cuerpo, era mucho más fuerte de la que hasta entonces había observado Henri. Rostros, brazos y manos parecían reproducir exactamente la piel de los gigantescos lagartos que el médico había visto mientras caminaba por el bosque.

No tardó en descubrir al propio Levon, en el centro del grupo, hablando con los otros en un lenguaje, que siendo el del propio Blanchard, era tan incomprensible para éste como si se hubiera tratado de cualquier lengua completamente desconocida.

Necesitó algún tiempo para comprender el sentido de las misteriosas palabras que se estaban pronunciando allí. Finalmente, más que extrañado aterrorizado, escuchó frases y amenazas que parecían surgir de un mundo de locura.

— Tenemos que reunimos con otros muchos que ya están diseminados por este planeta. Necesitamos armas, muchas armas, para empezar la gigantesca ofensiva que ya preparamos en Venus.

Hablaba uno de ellos, un hombre que no conocía Henri, pero cuyos vestidos eran idénticos a los de Jacques, iguales a los de cualquier leñador o campesino de la región. Un hombre tosco, de cultura limitada, cuyas callosas manos y rostro de expresión neutra, eran las inequívocas pruebas de su capacidad mental y del trabajo muscular que había constituido el eje de su vida.

¡Y aquel hombre, aquel rústico, hablaba de Venus, de planetas, de ofensiva, con unas palabras que no pertenecían a su vocabulario, en unos términos que no había aprendido jamás!

— Hay muchos como nosotros en el Norte de este continente —siguió diciendo el hombre—. Muchos que esperan la llegada de nuestros jefes que se comunicarán con nosotros en seguida.

»Debemos concentrarnos alrededor de las grandes ciudades y de los grandes centros fabriles para paralizar la vida de nuestros enemigos. Ya hemos visto que los habitantes de este Tercer Mundo[1] viven y necesitan el trabajo de sus grandes industrias. Sin ellas sus fuerzas se verán delimitadas y podremos entonces conseguir la victoria que tanto deseamos...

Hablaron mucho más, diciendo cosas horribles, cuyo íntimo sentido escapaba totalmente a Blanchard, cuyos ojos se negaban a creer lo que estaban viendo y cuyos oídos se negaban igualmente a concebir lo que oían.

Cuando finalmente se alejaron, dirigiéndose hacia la parte opuesta a la que estaba escondido el joven médico, éste, anonadado aún por aquella fabulosa revelación, permaneció largo rato inmóvil, sin lograr separar su mirada del lugar por el que habían desaparecido aquellos hombres de piel verdosa que parecían estar unidos en un complot que hubiese surgido del trastornado cerebro de un demente.

CAPÍTULO V

LA OFENSIVA DE LOS HOMBRES VERDES

No tardó Tolsen en conseguir que las autoridades de Oslo le facilitasen la ayuda de un batallón, cuyo jefe se pondría inmediatamente a sus órdenes para proteger la zona de trabajo de la Compañía Maderera.

Tampoco hubo de menester mucho tiempo para lograr formar un equipo de leñadores que pudiese realizar la labor pendiente. Los nuevos equipos no poseían, indudablemente, la valía de los que habían desertado. Pero, lo que más importaba a Tolsen era hacer descender todos los troncos cortados hacia el Sur, ya que las fábricas estaban esperando la madera para prepararla.

Sin reparar en gastos, el director de la Compañía se comprometió a trasladar a los nuevos equipos por vía aérea, ya que el batallón que le habían adjudicado pertenecía a las fuerzas aerotransportadas y utilizarían también sus propios hidroaviones hasta las nórdicas regiones de los lagos.

Era una verdadera escuadrilla la que salió de Oslo aquella mañana. Una barrera de densas nubes cubría la tierra, haciéndola completamente invisible. No encontraron claridad hasta ya muy adentrados en el golfo de Botnia.

Desde el aire no lograron divisar, al sobrevolar la región ocupada por los desertores, ni uno solo. Los claros de los bosques parecían completamente desiertos y Tolsen llegó a imaginar que los hombres, arrepentidos de lo que habían hecho, se habían reintegrado a los campamentos de trabajo, esperando allí instrucciones.

Pero, cuando el avión que les servía de guía, perteneciente a las tropas que les acompañaban, inició el descenso, un denso fuego antiaéreo envolvió la totalidad de los aviones, obligándoles a tomar altura velozmente.

La sorpresa fue completa y dos aparatos cayeron envueltos en llamas, para estrellarse contra la densa barrera de los árboles.

El comandante del batallón, después de ordenar que todos los aviones se mantuviesen fuera del alcance de las baterías antiaéreas, inició un escalofriante picado, dispuesto a descubrir y bombardear a los hasta

entonces invisibles enemigos.

Antes de recibir un impacto directo, se le oyó en todas las radios de los aviones, manifestar la extrañeza de lo que había logrado observar.

—¡Son hombres verdes dotados de modernas piezas de artillería antiaérea! —exclamó —; no llevan casco y tampoco van vestidos de militar. Creo que son los leñadores que...

No dijo más. El aparato en el que iba, en compañía de un pelotón, estalló en el aire, deshaciéndose en pequeños trozos que volaron largo rato antes de desplomarse sobre el lago.

Tolsen se percató entonces de la gravedad de lo que estaba ocurriendo, llegando a la conclusión de que no habría más remedio que volver la proa a Oslo y regresar cuanto antes, para explicar a las autoridades la extensión de aquel inesperado conflicto.

Poniéndose de acuerdo con el nuevo jefe del batallón, dirigieron los aviones hacia el Sur, perseguidos por un fuego graneado de los cañones que manejaban los misteriosos hombres verdes.

—¿Dónde habrán logrado ese material de guerra? —inquirió Hunk.

—No lo sé —repuso Tolsen.

Pero, en realidad, no tardaron en conocer muchas cosas de las que deseaban saber. La radio de a bordo empezó a transmitir noticias que explicaban claramente lo que acababa de ocurrirles. He aquí lo que escucharon:

—... Ayer, grupos desconocidos asaltaron la Base Militar de Swbjen, matando a la totalidad de la guarnición y llevándose gran cantidad de armas y municiones, así como treinta baterías antiaéreas que estaban allí concentradas para las próximas maniobras de otoño...»

Iguales o parecidas noticias, procedentes de radio Estocolmo y de la emisora oficial de Helsinki, comunicaron semejantes asaltos y robos importantes de material de guerra.

—¡Hombres verdes! —exclamó Hunk — , ¿no tendrán que ver con ese muchacho que recogimos herido? ¿Recuerda usted las manifestaciones del doctor de la Compañía?

—Sí, todo esto es muy extraño.

Continuaron volando hacia el Sur y cuando ya estaban bastante cerca de la capital noruega, la radio volvió a verter nuevas noticias, cada vez más alarmantes.

«... Se aconseja —decía la voz del locutor— a toda la población de Oslo, así como al de las poblaciones colindantes, que preparen un mínimo de objetos necesarios y se dirijan hacia los puertos para ser trasladadas a países de Europa Central...»

«... Las noticias que se reciben del Norte de Europa, coinciden en demostrar que la extraña ofensiva, las destrucciones de puentes y caminos, así como el asalto a las guarniciones militares, se prosiguen por todas partes. Se desconoce aún el motivo de tales ataques y la naturaleza de los misteriosos atacantes que, por las pocas observaciones realizadas, se han calificado de "hombres verdes"...»

«... ¿Qué representan, en realidad, esos «hombres verdes»? ¿De qué país proceden? Estas y otras muchas preguntas se formulan constantemente nuestras autoridades y los jefes del Ejército. Por el momento y a pesar de todas las medidas tomadas, parece ser que nuestras fuerzas sé ven obligadas a replegarse metódicamente, ante el brutal empuje de esos desconocidos asaltantes que, en cantidad que no deja de aumentar a cada instante, se lanzan ciegamente a la lucha, despreciando de una forma terrible su propia existencia...»

Tolsen, de acuerdo con el nuevo jefe del batallón que les acompañaba, ordenó que la escuadrilla de aviones se dirigiese hacia Alemania. Era difícil pensar en nada en aquellos momentos y las noticias que acababa de dar la radio no consiguieron hacer reaccionar a aquellos hombres, totalmente aprisionados en la sorpresa.

Ya sobre el mar, la inusitada cantidad de navíos que se dirigían hacia el Sur, no dejó de llamarles la atención. Las poblaciones nórdicas huían aterrorizadas ante un desconocido y terrible peligro, que en nada se parecía a los que, en guerras precedentes, habían intentado abrirse paso por las tierras escandinavas.

Lo que ahora ocurría era totalmente distinto y las descripciones de aquellos «hombres verdes», dilatadas y ampliadas por la fantasía popular, acrecentaban el miedo y eran una palanca más, mucho más potente que la propia lucha, que empujaba a las gentes a abandonar todo lo que tenían para encontrar, lejos de su país, un rincón de paz y tranquilidad.

Los aviones aterrizaron en uno de los campos del Norte de Alemania.

Tolsen pagó generosamente a los hombres que había contratado, mientras las tropas noruegas eran desarmadas amistosamente por los germanos.

Después de terminar con los leñadores y de despedirse del nuevo comandante, los dos hombres se dirigieron a la ciudad vecina para reponerse un poco de todas las emociones pasadas y forjar un plan para el inmediato futuro.

Nada más penetrar en la ciudad se dieron cuenta del estado de confusión y de intranquilidad de las gentes. El miedo había atravesado el mar y clavaba sus puntiagudos colmillos en toda Europa. En cada conversación era posible oír algunas palabras sobre la amenaza de los «hombres verdes» y las descripciones fantásticas, los espeluznantes relatos de los que les habían visto u oído hablar de ellos, iban dilatando la impresión de angustia colectiva, hasta traducirla en una especie de neurosis de ansiedad que se reflejaba en todos los rostros.

Tolsen y Hunk cenaban en un hotel céntrico, ensimismados profundamente y sin poner la menor atención al bullicio que les rodeaba, ni a las palabras que sobre los acontecimientos del Norte llegaban hasta ellos.

Para Tolsen, la preocupación mayor estaba situada muy arriba, en el mapa, junto a aquellos cientos de miles de troncos que yacían en el suelo y en los cientos de máquinas aserradoras que les esperaban impacientemente. Para él, todo lo que ocurría implicaba, simple y llanamente, la ruina, el fracaso total de una vida perfectamente orientada y en la que había querido el lógico derecho de confiar.

En la mente de Hunk, por el contrario, las ideas se orientaban hacia la esencia misma del problema, hacia los «hombres verdes» y el peligro que significaban para la humanidad.

Hunk no era un hombre demasiado inteligente; pero, en su cerebro, la falta de originalidad y de complejidad se hallaban suficientemente compensada por un sentido eminentemente práctico de la vida. Sin ninguna familia en la que confiar sus preocupaciones, completa y absolutamente libre, el joven sentía la imperiosa necesidad de ocuparse en algo que le sacase de todo lo que había sido monotonía en su vida hasta entonces.

Le parecía como si el Destino le presentase ahora una ocasión maravillosa de convertirse en lo que había siempre soñado. Ser un hombre que jugase un papel en un hecho mundial, en algo que saliese

del limitado ambiente de los bosques y de los pequeños mezquinos problemas en los que había estado encerrado desde siempre.

Pensaba, lógicamente, que no tardaría en encontrar hombres como él, hombres que convirtiesen la labor de defender el mundo contra los nuevos enemigos en algo estrictamente personal e intransferible.

No veía otro objetivo más convincente que el de organizar la lucha contra las extrañas gentes que estaban invadiendo Europa.

No le preocupaba en absoluto el origen de aquellos misteriosos «hombres verdes», ni los proyectos y motivos que les empujaba a atacar a su propio mundo. Lo único importante era luchar contra ellos, encontrar los medios de combatirlos eficazmente y, lo más interesante para él, convertirse en alguien que hubiese jugado un importante papel en la salvación de la Humanidad.

Así lo manifestó a Tolsen, despidiéndose de él y dejándole allí, en la mesa del comedor de aquel hotel germano, con los ojos entornados y soñando aún en los troncos que nadie conduciría hacia las turbulentas aguas de los ríos…

* * *

Blanchard, después de caminar incansablemente día y noche, empujado por el ansia de prevenir a todo el mundo de la alucinante amenaza que se cernía sobre la región, llegó a lo alto de la encrespada cumbre, desde la que habría de descender hasta Villebelle.

Estaba cansado, hambriento y sediento, sin que aquellas sensaciones físicas pudiesen imponerse al estado caótico de las ideas que poblaban su mente.

No podía olvidar el horrible espectáculo que había visto en el bosque y, por muchos esfuerzos que hizo, no consiguió esclarecer lo que tan ardientemente deseaba, ya que carecía de datos para poder explicarse aquel horrendo problema que representaba tan grave peligro para el mundo.

Había estudiado, durante su estancia en la Universidad de París, dos intensos cursos de Psiquiatría. Pero, a pesar de repasar una a una las enfermedades mentales que había podido observar en los frenocomios

de la capital francesa y todos los estudios colaterales que realizó en clínicas de médicos amigos, no logró encuadrar la dolencia de los "hombres verdes" en ninguna de las casillas que le había enseñado la psiquiatría.

Que existía una íntima relación entre la enfermedad de la piel, aquella que daba el desagradable color verde y que había observado tan detalladamente en Jacques; que había una relación entre ello y la confusión mental de los enfermos, era una cosa de la que no se podía dudar en modo alguno. Él había observado, en el cuerpo del pobre Levon, aquellas profundas raíces que, saliendo de los hongos pegados a la piel, se hundían en la carne hasta llegar a posar sus largos y finos tentáculos sobre los nervios.

Aquello podía explicar, de cierta manera, la influencia de los desconocidos hongos sobre el sistema nervioso; pero... ¿qué tenía que ver aquello con las raras palabras que pronunciaron los hombres del bosque y sus ideas de dominar el mundo?

Debía haber algo más; algo que Blanchard desconocía por completo y que constituiría la respuesta adecuada a aquel pavoroso problema, a aquella espeluznante incógnita, que interesaba resolver fuera como fuese.

Cuando llegó a la parte alta del monte, después de realizar un ímprobo esfuerzo, el terror le sobrecogió al observar la densa humareda que salía de Villebelle, ascendiendo hasta el cielo.

¿Qué había ocurrido?

Descendió velozmente la pendiente, descansando apenas, a detenerse de vez en cuando, para observar con más detalle el colosal incendio que consumía la pequeña ciudad. Respiraba con dificultad y se sentía una lacerante quemazón en el pecho, pero continuó su camino, empujado por una terrible angustia de saber lo que había pasado, que llegó a hacerse intolerable.

Fue antes de llegar a la iniciación del camino que iba directamente al poblado, cuando, desde allí, pudo ver la carretera repleta de gente y de vehículos de toda clase que avanzaba en densos grupos, demostrando palpablemente que la pequeña ciudad había sido abandonada.

Considerando inútil el dirigirse hacía los primeros edificios, que estaban totalmente envueltos en llamas, Henri atravesó la parte de monte que le separaba de la carretera. Cuando llegó allí, vio que los

que huían llevaban aún impreso en su rostro el terror de los momentos pasados.

Pero lo que le causó al mismo tiempo extrañeza y tristeza, fue el comprobar que las miradas que le dirigían todos estaban cargadas de un odio imposible de disimular. Se preguntó sinceramente, a sí mismo, los motivos que aquellas gentes tendrían contra él.

Llegaron a sus oídos trozos de frases, en las que se le culpaba de todo lo que había ocurrido, haciendo partir el mal general de su incompetencia al no poder curar al joven Levon. Fue así cómo se enteró, por frases sueltas», que los «hombres verdes» habían asaltado el poblado y asesinado gran cantidad de gente.

Una tristeza irresistible se apoderó de él llevándolo, por la peligrosa pendiente de la melancolía, a considerar que efectivamente era él el único culpable. Pero ni aquella absurda autoacusación logró liberarle de la tremenda tristeza que se había apoderado de su corazón.

Miró a las gentes, muchas de ellas conocidas y casi amigas, sintiendo la existencia de un foso que le separaba definitivamente de todo aquel pequeño mundo en que tanto se había amado a su padre. Al recordar al viejo doctor Blanchard, las lágrimas acudieron a sus ojos y así marchó, sollozando silenciosamente, al lado de los coches que avanzaban lentamente por la carretera abarrotada de vehículos.

Finalmente, deseando alejarse de allí, al sentirse más extraño que nunca a todo aquello, se dispuso a salir de la carretera, cuando una voz conocida le llamó con fuerza.

—¡Henri!

Hubo de hacer un esfuerzo para encontrar a Pierrette, que le había llamado desde bastante atrás. La joven conducía un pequeño coche, en medio de otros muchos que rodeaban al suyo por todas partes. Cuando Blanchard estuvo sentado junto a la muchacha, guardó silencio durante mucho rato, sintiendo cómo la vida iba despertando sus cansados músculos, al tiempo que la sangre corría con más ímpetu por sus arterias.

Ella le miraba de reojo, sin atreverse tampoco a decir nada. La última vez que se habían visto, unos días atrás, se habían despedido un tanto bruscamente, cuando él partió en busca de Jacques, no escuchando las palabras con que la muchacha intentaba calmarle y disuadirle de lo absurdo de su empresa.

Pierrette respetó aquel silencio durante un buen rato. Luego, incapaz de callarse más:

—¿Dónde has estado, Henri?

El volvió el rostro hacia ella, mirándola como si fuese la primera vez que lo hacía. Indudablemente, el joven médico debía estar profundamente ensimismado y las palabras de Pierrette le sobresaltaron como a alguien a quien se despierta bruscamente.

—¿Dónde has estado, Henri? —repitió ella.

Blanchard, separando la mirada de la joven, entornó los ojos, pareciendo que contemplaba la borrosa imagen que de su rostro reflejaba el parabrisas; después, con voz lenta, explicó a la muchacha todo cuanto había visto y oído, el espectáculo de la reunión del bosque, los incomprensibles términos en que se habían expresado aquellos hombres y su sorpresa al sorprender al hermano de ella, perfectamente identificado con los que habían asaltado el pueblo.

—Ya lo sé —repuso ella con los ojos muy brillantes—. No puedes imaginarte lo horrible que ha sido. Nos sorprendieron de una manera tan inesperada, que nadie logró reaccionar normalmente, dejándose matar estúpidamente cuando hubieran podido huir con facilidad. No quiero recordar los momentos que pasé, escondida en mi habitación del segundo piso, contemplando con mis propios ojos la muerte de mi madre y de mi padre.

»Cuando me asomé a la ventana, al oír el grito que lanzaba mamá al ser atacada, contemplé un espectáculo tan lleno de horror que aún ahora me estremezco nada más que pensarlo. El patio estaba lleno de hombres de piel verdosa, entre los que se encontraba mi propio hermano...

»No quiero pensar, ni un solo instante, que él haya sido el que ha matado a sus propios padres. Entonces, sacudida por una angustia indecible, no tuve tiempo de apoyarme en el alféizar de la ventana y caí, desplomándome sin sentido en el suelo.

»Cuando recobré el conocimiento, los «hombres verdes» atacaban e incendiaban la parte central de la ciudad. Loca de pánico, corrí a través del jardín posterior de la casa, donde está el garaje, como ya recuerdas, y montando en el primer coche me dirigí a toda velocidad hacia la carretera. Una vez allí fui incapaz de proseguir mi huida y esperé a que otros vehículos se uniesen al mío, ya que así me sentía más confiada y tranquila.

»Cuando empezaron a llegar los camiones y autos, convencí a todos para que esperáramos lo más posible, de forma a organizar una sólida caravana que nos permitiese defendernos contra cualquier imprevisto peligro…

Blanchard la escuchó atentamente, sin hacer comentario alguno y cuando ella terminó de hablar, entornó él de nuevo los ojos, ensimismándose en sus pobres y tristes ideas.

La caravana avanzó hacia el Norte, engrosándose incesantemente con otras que se unían a ella y que provenían de localidades próximas que habían sido asaltadas igualmente por los «hombres verdes».

Todos los que viajaban allí deseaban ardientemente llegar a París para poder recibir la necesaria ayuda del Gobierno y conocer la realidad de las cosas en toda Francia. Nadie imaginaba que aquel conflicto se habría generalizado, considerándolo más bien como un suceso local que las autoridades de París resolverían en poco tiempo.

Pero la sorpresa de los miembros de la ya gigantesca caravana fue enorme, cuando doscientos kilómetros antes de llegar a la capital, tropezaron con un cordón de soldados y policías que les cortaron el paso hacia París.

Aquellos hombres hicieron saber a los fugitivos que la dirección que debían tomar era la del Oeste, hacia los puertos de la costa Atlántica, dónde el Gobierno había dispuesto barcos suficientes para trasladar a los huidos de las zonas afectadas por los «hombres verdes» a los territorios de África del Norte.

—Pero… ¿tan grave es la situación? —inquirió Blanchard.

—Mucho más grave de lo que parece aparentemente — repuso el oficial que mandaba aquel destacamento—. París ha sido ocupado por esos extraños enemigos, después de una atroz lucha que ha durado cerca de dos días. Toda la población de la capital, o casi toda, así como el Gobierno en pleno, han salido rápidamente hacia Normandía, para embarcarse y dirigirse a África.

»Además, según las noticias que se recibieron últimamente, la casi totalidad de Europa Central está siendo dominada por esos terribles «hombres verdes», que han formado verdaderos Ejércitos y que se han apoderado de las armas más potentes, que utilizan con una eficacia y un desprecio al peligro verdaderamente impresionantes.

Al continuar la marcha, Henri había formado ya un proyecto; un loco

proyecto, en cuyo final parecía vislumbrar el más rotundo triunfo.

CAPÍTULO VI

LUCHA EN EL CEREBRO

Los «hombres verdes» caminaban lentamente hacia el bosque. Detrás, en el confín lejano del horizonte, Villebelle seguía ardiendo, confundiendo el tono rojizo de sus llamas con la luz del atardecer.

La alta estatura de Levon se destacaba por encima de las verdes cabezas de los otros. No había en los rostros de los «hombres verdes» nada que pudiese calificarse como una expresión; quizá la costra verdosa que cubrían sus carnes hacía imposible la visibilidad de una mímica humana. Pero tampoco en sus ojos ardía luz alguna que expresase cualquier cosa.

Anduvieron durante casi todo el anochecer hacia un lugar del bosque en el que se sentaron, en completo silencio, no tardando en caer profundamente dormidos muchos de ellos.

Levon, por el contrario, permaneció sentado, apoyado en un grueso tronco de árbol, cuyas ramas no eran más que muñones negruzcos, lo que parecía demostrar que aquel tronco había sufrido el violento golpe de un rayo.

Levon tenía casi la mitad izquierda del rostro completamente visible; la capa de musgo había desaparecido por completo en aquel lugar y un arañazo profundo, con sangre ya coagulada, ocupaba el lugar que antes estaba cubierto por la costra verdosa. Había sido durante el asalto a la pequeña ciudad, en el que Levon sufrió un golpe, propinado por uno de los campesinos y que arrancó brutalmente la capa verdosa de todo aquel lado del rostro.

Levon permanecía inmóvil, con los ojos entornados y el cerebro vacío absolutamente de ideas. Sin embargo, lentamente, muy lentamente, empezó a hacerse una tenue y suave claridad en su mente, presentándole un mundo completamente nuevo y en el que no había pensado hacía mucho tiempo sin recordar cuánto.

Fue algo tan extraordinario, que él mismo se extrañó de ver llegar a su cerebro ideas y cosas que le parecieron, en el primer instante, completamente extrañas. Pero, a medida que aquellas ideas, que

aquellas imágenes permanecían ancladas en su mente, una cierta familiaridad las iba vistiendo, hasta convertirlas en consustanciales con su propia vida, reconociéndolas plenamente, como cualquier persona que al despertar en un lugar al que ha llegado la noche anterior, va reconociendo los detalles y los objetos que contempló curiosamente antes de dormirse.

Así, Levon recordó perfectamente aquella simpática silueta que ocupaba el centro de sus ideas, la del anciano doctor Blanchard y la de su despacho, cuyos detalles le eran completamente familiares.

También le apareció la imagen de su hijo, de Henri, con el que había jugado y al que le había unido siempre una sincera amistad, cuyas raíces estaban profundamente hundidas en los estratos infantiles de su vida.

Todo lo demás, su casa, sus padres, su hermana y sus amigos, fueron desfilando uno tras otro, como si todos ellos se hubiesen dado cita en aquel instante para ayudarle a encontrar en la memoria la solución de la angustiosa pregunta que se estaba planteando.

— ¿Quién soy yo?

No era aquella pregunta algo caprichosa, sino una necesidad apremiante, sobre todo para calmar la sensación de indescriptible desolación que asolaba su alma. Porque, lo terrible era que tenía la seguridad absoluta de poseer una doble personalidad.

No podía imaginarse por qué había vuelto a pensar en aquellas cosas que aun siéndole familiares, estaban como alejadas de su vida, espantosa y definitivamente alejadas.

Tenía casi presente en el cerebro la idea de que todo aquel mundo que le rodeaba no era más que un conjunto de cosas hostiles a las que debía vencer de cualquier forma. Por eso, la presencia de imágenes que estaban cargadas de afectividad, muy a pesar suyo, le causaban una sensación extraña que intentaba dominar realizando un esfuerzo verdaderamente sobrehumano.

Inmediatamente después, las imágenes de las personas que estaba viendo, con los ojos de la imaginación, revistieron finalmente su real valor, su significación inequívoca y, a consecuencia de esta mutación se dio perfecta y definitiva cuenta de que era Jacques Levon.

Todos los recuerdos afluyeron entonces con una violencia inusitada. El comienzo de su enfermedad, la visita al viejo doctor Blanchard, la

llegada de su hijo Henri, el viaje al hospital, y después, ya menos preciso y rodeado de una especie de neblina, el recuerdo del viaje en ambulancia, cuando en compañía de su joven amigo regresaba a la ciudad.

A partir de entonces, una muralla impenetrable cerraba el paso a todos sus esfuerzos por recordar algo. Era tan densa la obscuridad en aquella región de su memoria, que todos sus esfuerzos fueron completamente inútiles por descubrir un solo detalle de lo que había ocurrido después.

Fue entonces cuando, cansado de inspeccionar en el interior de sí mismo, entreabrió los ojos, contemplando todo cuanto le rodeaba.

Un escalofrío de horror le recorrió la espalda al verse allí, en medio de todos aquellos hombres de color verde, color que se hacía irreal y fantástico a la luz de la luna que lo iluminaba.

No podía explicarse en modo alguno lo que estaba haciendo allí y cómo había llegado hasta aquel rincón del bosque, que era la única cosa que le era familiar y conocida.

Casi en seguida, la idea de huir se presentó en su mente como una necesidad irrevocable, como la única salida de una situación que, al intentar esclarecer, no podía conducirle más que a la demencia.

Otra vez aparecieron en su mente las amadas imágenes de los suyos, y el deseo de volver a estar entre ellos, de poder apoyar el desequilibrio de su persona en la confianza de los suyos, se convirtió en una necesidad dolorosa que le hizo ponerse en pie.

¡Huir!

Aquella era la palabra y la idea que dominaba todas las demás en el cerebro de Levon. Ninguna otra cosa podía importarle entonces, ya que la seguridad de no pertenecer al grupo que dormía, al que consideraba como extraño y desconocido monstruo, le hacía sentir la imperiosa necesidad de alejarse de ellos cuanto antes.

Tardó cerca de una hora en atravesar el claro cubierto de cuerpos de los que dormían profundamente. Se extrañó un tanto al comprobar que no había ni un solo centinela y que nadie vigilaba aquella especie de espantoso campamento.

Cuando llegaba a las últimas hileras de hombres dormidos sintió una extraña sensación de picor en el rostro, como si cientos de hormigas lo

recorriesen rápidamente, propinándole una serie de picotazos que llegaron a hacerse sencillamente molestos y casi intolerables.

Al mismo tiempo la fatiga aumentaba paulatinamente, cosiéndole un ímprobo esfuerzo cada paso que daba y pareciéndole que las piernas se habían convertido en plomo, ya que le costaba cada vez más levantar una de ellas.

Finalmente, la comezón del rostro llegó a ser tan intensa, que se llevó la mano para intentar rascarse y arrancar aquello que tanto le molestaba. Se extrañó sobremanera al encontrar que toda la parte del rostro y cabeza que había estado completamente libre, se hallaba de nuevo cubierta de la densa costra verde que cubría totalmente el resto de su cuerpo.

Fue algo tan brutal, tan inesperado y repentino, que hubo de sentarse para evitar que su cuerpo se desplomase en el suelo. Como si alguien hubiese abierto las compuertas de una presa, nuevas y extrañas ideas, cargadas de una potencia extraordinaria, barrieron las imágenes de todo lo que le había parecido íntimamente suyo, inculcándole, en una décima de segundo, una nueva personalidad que contemplaba, a su alrededor, un mundo desconocido, un planeta extraño, al que había llegado para conquistar y hacerlo suyo.

. Así, Levon se había asomado a la ventana de su pasado, soñando unos instantes en que recobraba su libertad, y vuelto a hundirse en la profunda sima en la que yacían los hombres que dormían a su alrededor.

Si el ser que se había vuelto a posesionar de él, en una ocupación que recordaba la acción demoníaca, hubiese podido reír de su triunfo, la carcajada hubiera brotado de los trémulos labios de Jacques, al tiempo que las lágrimas, que demostraban la congoja de su estado, caían sobre la verde superficie de la costra que le separaba del mundo.

* * *

A izquierda y derecha de la carretera, los grupos de policía y tropas vigilaban la marcha de la interminable caravana de fugitivos, que, huyendo de los «hombres verdes», corrían hacia los puertos del Atlántico, persiguiendo ansiosamente la paz y la libertad.

Henri Blanchard, reclinado en el asiento del coche de Pierrette, seguía ensimismado, forjando detalladamente el plan que había concebido y en el que veía la única oportunidad de poder hacer frente a aquel terrible mal que se estaba adueñando de la humanidad.

—Pienso apearme del auto en el momento que la vigilancia de la carretera se haga menos densa —dijo el joven —. Tú podrás seguir hacia el puerto y esperarme allí o, si tardo mucho en volver, embarcar con los otros.

La categórica respuesta de Pierrette llegó velozmente.

—Te seguiré adonde vayas.

Henri se incorporó bruscamente en el asiento.

—¿Estás loca? ¿Es que no te imaginas los peligros que pueden presentarse hasta que consiga realizar mi proyecto?

Una divertida sonrisa iluminó el rostro de la muchacha.

—Todavía no me has hablado de tu proyecto. ¿De qué se trata?

El joven médico se frotó fuertemente la barbilla, sin saber si debía o no contar a Pierrette lo que había forjado. Pero, en aquellos momentos, sentía la necesidad de hacer partícipe a alguien de la extraordinaria alegría que le había proporcionado aquel peligroso plan que dominaba totalmente el resto de sus preocupaciones.

Por ello no dudó más y contestó a la pregunta de la joven.

—He pensado mucho —empezó a decir— en todo lo que está ocurriendo, llegando a la conclusión de que sólo hay una persona que pueda dirigir la lucha contra esta terrible enfermedad que está convirtiendo a los hombres en enemigos de sus propios hermanos, dividiendo a la humanidad en dos partes completamente opuestas y que acabarán destruyéndose mutuamente. Solamente el profesor Chardoneur, de la Universidad de París y la primera autoridad en psicología; es decir, la mayor personalidad científica en la ciencia que estudia los hongos podría darnos un arma eficaz para luchar contra esta maldita peste que nos rodea.

»Desde el momento que nos han comunicado la toma de París por los llamados «hombres verdes», no me siento tranquilo, ya que sé que, encontrándose solo y sin ayuda en aquel infierno, el profesor Chardoneur no podrá realizar ni conseguir las investigaciones que

estaba llevando a cabo sobre la llamada «enfermedad verde».

»EI profesor necesita que alguien fe defienda y que le ayude, logrando para él la tranquilidad y los medios necesarios para proseguir sus experimentos. Yo puedo encontrar, entre los supervivientes o los que se hayan quedado en París, algunos hombres que me ayudarán a convertir el laboratorio del profesor Chardoneur en una fortaleza inconquistable.

Pierrette le dirigía constantes miradas de soslayo. Después de un corto silencio, la voz de la joven volvió a sonar.

—Tienes mucha suerte, ya que puedes contar con un primer colaborador.

El joven enarcó las cejas, con extrañeza.

—¿Quién va a ser, sino Pierrette Levon?

El sonrió y, extendiendo la mano, acarició la de la joven, que permanecía sobre el volante del vehículo.

Hubo un largo silencio que Blanchard rompió más tarde, hablando como si lo hiciese consigo mismo.

—Si pudiésemos huir con el coche, tardaríamos mucho menos tiempo en llegar a París. Cada minuto que pasa acrecienta mis sufrimientos y mi preocupación por lo que le haya podido ocurrir al profesor Chardoneur.

— Esperaremos a que se haga de noche, entonces nos retiraremos a un lado de la carretera, como si el coche se hubiese estropeado y buscaremos un camino transversal por el que nos alejaremos sin que nadie se de cuenta.

Así lo hicieron y no les fue nada difícil separarse de la caravana, ya que la vigilancia del Ejército y la policía había disminuido considerablemente.

Avanzaron toda la noche, utilizando las luces de ciudad y no atreviéndose a encender las de carretera más que en contadas e imprescindibles ocasiones. El silencio, fuera del ronroneo monótono del motor, era completo y hacía que la noche pareciese mucho más densa y profunda de lo que era.

Al amanecer, detuvieron el vehículo para tomar algún alimento y

descansar un poco. Blanchard había conducido durante toda la noche y se encontraba terriblemente cansado.

Volvió Pierrette a hacerse cargo del volante y momentos más tarde, el joven dejaba caer su cabeza sobre el hombro de la muchacha, quedándose profundamente dormido. Una sonrisa apareció en el rostro de ella, sintiendo que la felicidad le inundaba, como algo que valía la pena de ser sentido.

No podía olvidar todos los comentarios que había oído en Villebelle sobre el noviazgo de Henri con una joven parisina. Pero, desde el instante en que lo volvió a ver, el día que fue a visitarle con motivo de la enfermedad de Jacques, ella se dio cuenta de la lucha que debía entablar, sintiéndose dispuesta a combatir con todas las armas por la posesión de un cariño que había nacido en su niñez y no había dejado de crecer a lo largo del tiempo, convirtiéndose en una especie de irrevocable mandato del destino.

Media hora después, el vehículo penetraba en un gran poblado y Pierrette, sin saber exactamente por qué, aminoró la marcha, contemplando con espanto el silencio y la soledad que allí reinaba. Parecía como si sobre las calles y las casas acabase de pasar un feroz vendaval, un horrible tifón que hubiese arrancado de sus domicilios, y de las terrazas de los cafés y de las amplias avenidas todo lo que fuese ser humano.

Aceleró, deseando salir de allí cuanto antes y sintió que una relativa tranquilidad volvía a su corazón y a su espíritu, cuando volvió a correr por la carretera, cuya soledad parecía, en el marco vivo del paisaje, mucho menos trágica y más natural.

Una decena de kilómetros antes de llegar a París la joven despertó a Henri, deteniendo su coche bajo unos frondosos árboles que, con los del lado opuesto a la carretera, formaban un maravilloso arco de sombra y frescura que proporcionaban un ambiente sencillamente envidiable.

El joven doctor fue a lavarse, en compañía de la muchacha, a un arroyuelo próximo donde se desalteraron. Inmediatamente después, sentados en aquel encantador lugar, tomaron el resto de los alimentos que les quedaban.

Reanudaron el viaje, esperando al atardecer para poder penetrar en París sin ser demasiado vistos. Deseando pasar completamente desapercibidos, apagaron las luces del coche, avanzando prudente y

lentamente por la carretera que conducía a la ciudad.

Al dar una curva, situada en un altozano, Henri frenó brutalmente el coche, extendiendo la mano para que Pierrette viese lo que le había alarmado.

Allá abajo, junto a las primeras casas de uno de los barrios extremos, un grupo numeroso de «hombres verdes», armados hasta los dientes, vigilaban la entrada de París por aquel lado.

—Tendremos que buscar otra carretera —dijo la muchacha.

Henri no respondió por el momento. Profundamente ensimismado, intentaba encontrar la solución a aquel nuevo problema.

—Vamos a abandonar el coche —repuso— . A pie podremos penetrar en la ciudad por un sitio que conozco y que, sin duda alguna, no estará vigilado. Es una callejuela que conduce directamente a la clínica donde trabaja Chardoneur y que utilizábamos los estudiantes para salir los domingos de la ciudad. Ven conmigo.

Atravesaron la carretera, adentrándose por terrenos a los que no había llegado aún la urbanización, sembrados de pequeñas y desordenadas construcciones de aspecto pobre y sucio, en las que vivían gentes humildes y muchos grupos de *clochards*[2], que gustaban de vivir a cubierto mejor que guarecerse bajo los arcos de piedra de los puentes del Sena.

No tardó mucho el médico en orientarse y, avanzando por las calles obscuras, en las que resonaban tétricamente sus propios pasos, los dos jóvenes fueron penetrando en el dédalo de calles que forman los barrios meridionales de París y donde las construcciones modernas no han parecido escoger allí los lugares para ofrecer sus atrevidas líneas de una audaz arquitectura.

Llegaron por fin a las proximidades de la clínica del doctor Chardoneur y Henri, sin dejar la mano de su compañera, atravesó aquella plaza débil y únicamente iluminada por un farol lejano que dejaba caer su luz mortecina como algo irreal y fantasmagórico.

La clínica era un edificio de tres plantas, en el que se penetraba después de subir una amplia escalinata de mármol. Los dos jóvenes subieron por ella, penetrando en un inmenso vestíbulo, que el médico conocía perfectamente.

Sin dudar ni un segundo, Blanchard se dirigió a la izquierda, para

penetrar en un estrecho pasillo que conducía directamente al laboratorio de Chardoneur…

Fue entonces, en el momento en que menos lo esperaban, cuando la vivísima luz de una potente linterna les cegó brutalmente.

CAPÍTULO VII

UN EXTRAÑO COMANDO

Después de permanecer una larga semana en Berlín, Hunk, sin perder una sola gota del optimismo que rebosaba por todos los poros de su cuerpo, había hallado lo que deseaba.

Fue de una manera singularmente curiosa, cuando ya la decepción empezaba a intentar morder en su conciencia, pareciendo querer demostrarle la inutilidad de todos sus esfuerzos y la imposibilidad de llevar a cabo su audaz proyecto.

La gente había empezado a huir de la capital alemana. Las noticias que incesantemente vertían la radio y la televisión no podían ser más alarmantes. Los «hombres verdes» que, procedentes de los bosques de Polonia, habían terminado de ocupar la totalidad del territorio polaco, avanzaban, constituyendo un verdadero y organizado Ejército por los territorios alemanes, acercándose cada vez más a la capital germana.

De nada habían valido los esfuerzos militares que intentaron oponerse a aquella tremenda ofensiva. Una especie de locura suicida parecía dominar completamente a las extrañas criaturas que se habían propuesto apoderarse de Europa. A pesar de estar dotados de todas las armas modernas, de las que se habían apoderado en muchos sitios, su furia combativa parecía recordar a las hordas de Atila, ya que, de la misma brutal forma se lanzaban locamente contra el enemigo, despreciando la vida de una manera escalofriante.

Todo aquello no hacía sino convencer a Hunk que su procedimiento podía ser el único método de lucha capaz de hacer mella en aquel Ejército de dementes y suicidas. Pero, al mismo tiempo, una extraña amargura se apoderaba de él al convencerse plenamente de que la furia combativa de los humanos había perdido toda la fuerza de antaño, dejándose hundir en la comodidad de una civilización que había procurado un alejamiento progresivo de todo lo que constituía valor y energía.

Aquella noche, después de recorrer la ciudad un tanto asqueado de la cobardía que veía reinar por doquier, penetró en una de las cervecerías que aún estaba abierta, cosa que constituía una excepción, ya que las gentes abandonaban los lugares de entretenimiento para formar largas colas ante las estaciones de ferrocarril, los

aparcamientos de vehículos colectivos y los campos de aviación, así como en las plataformas de donde salían constantemente los helicópteros.

Después de pasar la media docena de escalones que conducían al salón, Hunk lanzó una mirada de curiosidad a los que allí bebían, charlaban y reían, sin parecer preocuparse de la proximidad de un peligro inminente. Estaba allí la vieja alma alemana, la fibra de sus soldados y de sus héroes legendarios. Y, en aquellos rostros que el alcohol coloreaba intensamente, en las pupilas azules que brillaban con viveza y en los gestos todos, revivía la sangre de una Alemania que jamás había sentido pavor ante ningún peligro.

No tardó Hunk en iniciar una amistad incendiaria con aquellos jóvenes con los que bebió y cantó hasta la saciedad. Luego, cuando tuvo la suficiente confianza con ellos, subió de un salto sobre una de las mesas y, con voz sonora:

—¡Escuchadme! Yo vengo de muy lejos, de las verdes tierras de Suecia y he luchado y conocido los mayores peligros entre los árboles gigantescos, los tumultuosos cursos de agua y los cepos blancos del hielo que se abren, en un pozo sin fondo, bajo los pies del que se confía demasiado en sí mismo. Ahora, cuando veo que Europa huye despavorida ante los «hombres verdes», pienso en mis primeros pasos por los bosques nórdicos, cuando el ruido de las brisas por entre las hojas de los árboles me parecía el susurro de espíritus malignos, cuando la soledad de los lagos helados semejaba una tumba dispuesta a cerrarse para siempre sobre el que los atravesase, cuando el crujido de los troncos al partirse, rememoraba la amenaza de los gigantes de otros tiempos. Todos aquellos peligros no lograron detener mi entusiasmo y cuando los dominé, cuando logré vestirlos de realidad y no me asomé ni temblé más ante ellos, sentí el orgullo de haberlos vencido, considerándome entonces como en mi propia casa.

»Lo que ahora ocurre aquí es muy semejante. Las gentes huyen ante un peligro, cuya significación acrecienta el miedo, la ignorancia y esa extraña superstición que parece quedar siempre en lo hondo del espíritu humano.

»Yo andaba medio desesperado por la ciudad, conteniéndome apenas para no gritar a las gentes lo innoble de su cobardía, al abandonar todo lo que habían hecho y construido durante generaciones y que debían defender para las venideras. Pero... ¿me hubiesen escuchado?

»Creo que no. No hubieran atendido a mis ruegos ni hecho caso a mis

súplicas porque el miedo es una especie de muralla que se interpone ante todos, un túnel en el que sólo se ve la lejana claridad de la salida…

»Luego penetré aquí y al veros, como siempre he pensado encontrar los hombres alegres a pesar de todo, he sentido un indefinible gozo en mi corazón, al hallar lo que tanto buscaba. Estoy seguro que todos vosotros deseáis luchar contra el odioso enemigo que intenta alejarnos de nuestras tierras, despojarnos de todo cuanto hicimos con esfuerzos. Pero, como los Ejércitos parecen vacilar ante el empuje de los «hombres verdes», como las fuerzas armadas no parecen ser útiles en esta lucha, será necesario combatir de otro modo, en la sombra, golpeando y huyendo hasta medrar y conseguir que el adversario sepa y aprenda definitivamente lo vano de su esfuerzo de conquista.

Así nació, aquella noche, en una cervecería del lejano Berlín, el más extraordinario «comando» de un siglo que parecía haber alejado el espectro de la guerra para siempre.

Después de haberse procurado armas, municiones y víveres en cantidad, aquel puñado de valientes, de los que Hunk fue el indudable jefe, salió de la capital alemana hacia las montañas del Sur, dispuestos a demostrar al enemigo que el espíritu de lucha no había desaparecido, ni desaparecería jamás en los hombres que aman a la tierra donde han visto la luz.

A partir de aquel momento, el grupo de Hunk empezó a actuar valientemente, atacando en cualquier ocasión y destrozando cuantos obstáculos y resistencias oponían los terribles «hombres verdes».

Durante mucho tiempo, mataron y aniquilaron a cuantos enemigos se ponían a su alcance, sin que al parecer nadie reaccionase contra aquella matanza que se hacía cada vez más intensa.

En sus escondrijos de las montañas, los hombres discutían de aquella pasividad ante los enemigos que caían a cada momento, como si en realidad no hubiese Mando ni coordinación alguna, pareciendo que los «hombres verdes» significaban muy poco para el que los lanzaba contra la humanidad.

Y así era…

Otra de las cosas que extrañó extraordinariamente a los muchachos de Hunk fue el hecho de descubrir que, una vez que había muerto cualquier enemigo, su piel, al cabo de muy poco tiempo, volvía a convertirse en la natural envoltura de un ser humano.

La costra verde que cubría los cuerpos desaparecía tan misteriosamente como había aparecido, proporcionando a los valientes hombres de Hunk la angustiosa sensación de que estaban matando a seres que no podían ser más que sus semejantes.

* * *

Bajo el potente foco de la linterna, Henri y Pierrette se quedaron completamente inmóviles, sin atreverse apenas a respirar, conscientes de haber caído en una estúpida trampa de la que no saldrían vivos.

Blanchard pensó, en una décima de segundo, lanzarse ciegamente contra el enemigo que sostenía la linterna, jugándose el todo por el todo. Pero, al pensar que otros enemigos podían estar ocultos cerca del que los iluminaba de tal suerte, contuvo su impulso por temor a que la venganza recayese brutalmente contra la muchacha.

—¡Doctor Blanchard!

Tardó mucho tiempo en «digerir» aquella inusitada exclamación. Mucho tiempo, porque no podía esperar aquello y porque estaba plenamente convencido de haber sido hecho prisionero por los «hombres verdes».

Así ocurre cuando una idea obsesiva domina nuestra mente; parece ser como si deseásemos íntimamente que aconteciese lo que estamos imaginando, aun siendo lo peor y nuestro cerebro rechaza lo imprevisto, por muy beneficioso que sea.

—¡Doctor Blanchard!

Se hubo de repetir la exclamación para que Henri se percatase de una realidad que arreglaba definitivamente aquella situación. Porque, la voz que había pronunciado su nombre era, sin duda, la del propio profesor Chardoneur.

La luz de la linterna se alejó de los rostros de ellos y, volviéndose, iluminó el de un hombre de cierta edad, con dos matojos de cabellos blancos a ambos lados de la cabeza y una calva brillante y curtida por el sol.

—¡Profesor Chardoneur!

Ahora era Henri el que exclamaba, repitiendo glotonamente aquellas palabras, como si desease convencerse de una realidad demasiado agradable. Momentos más tarde, hechas ya las presentaciones, penetraron los tres en el laboratorio del profesor, situado en los sótanos del inmenso edificio.

—¿No Se han molestado aún, profesor?

—Se refiere usted, sin duda, a los «hombres verdes», ¿no es verdad?

—Sí, eso es.

Chardoneur se pasó la mano por la calva, acariciándola como solía hacer cuando meditaba; luego, con voz agradable, dijo:

—No los he visto todavía. Es decir, desde la terraza de la clínica y cuando me di cuenta de que todo el mundo había huido, los vi desfilar por las avenidas próximas y les observé, durante un buen rato, con unos prismáticos,

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—Desde el punto de vista humano —repuso el profesor- no puedo darle ninguna, respuesta. Hay demasiadas cosas, extremadamente extrañas, que constituyen otros tantos problemas de difícil solución. Desde el punto de vista médico y biológico, llevo muy adelantados unos trabajos que, desgraciadamente, no puedo comprobar por falta de elementos...

—¿De qué elementos se trata, profesor?

Chardoneur miró a su antiguo alumno con un brillo interrogativo en los ojos. Luego, comprendiendo el sentido de las palabras del joven, sonrió al tiempo que contestaba.

—Hasta hace poco tiempo, tuve en la clínica suficientes pacientes, afectados por la «enfermedad verde» para realizar una serie de interesantes ensayos. Luego, al presentarse el tremendo peligro de invasión, desaparecieron un poco antes de que lo hiciesen las gentes normales. Ahora me encuentro completamente solo y sin poder llevar a cabo los ensayos que completarían las respuestas que espero encontrar al acabar mis trabajos.

Pierrette, práctica como toda mujer, dejó a los hombres ensimismados en aquella interesante conversación, recorriendo, con la linterna del profesor, las habitaciones vecinas. Descubrió así las gigantescas

cocinas de la clínica, así como los almacenes donde se encontraba de todo cuanto era necesario para una larga estancia.

Volviendo al laboratorio, logró que los dos hombres la escuchasen atentamente, demostrándoles un sentido de organización que les dejó sencillamente maravillados.

— Creo —dijo la muchacha— que debemos organizamos para un largo período, ya que, por el momento, nos será bastante difícil salir de aquí. He descubierto en los almacenes una enorme cantidad de cosas que nos serán de gran utilidad. Pero lo primero que debíamos hacer, tal como lo pensaba el doctor Blanchard, es cerrar los accesos al laboratorio, para evitar que nuestros enemigos puedan hacernos una desagradable visita.

Henri se comprometió a llevar a cabo aquella fase tan interesante para todos y, sirviéndose de cuantos materiales pesados encontró, consiguió cerrar la entrada del laboratorio de una forma plenamente satisfactoria. Antes se había percatado de la existencia de una pequeña puerta que daba directamente a la calle y que desembocaba en la cocina; puerta, sólida y resistente que, no obstante, reforzó cuanto pudo.

Así, protegiendo la entrada principal al laboratorio, dejaba expedita una salida que estaba seguro de utilizar muy pronto.

Entretanto, Pierrette convirtió aquel reducido y curioso fuerte en algo simpático y agradable que hacía olvidar las terribles circunstancias que reinaban fuera. Encargóse así mismo de las comidas, haciendo las delicias del viejo profesor Chardoneur, que llevaba ya varias semanas alimentándose exclusivamente de conservas.

Este, libre de esta preocupación, se puso a trabajar.

Antes de intentar nada, Blanchard se dedicó ardientemente a ayudar al viejo profesor, percatándose en seguida de que los trabajos de Chardoneur eran como había previsto, de una extraordinaria importancia.

Después de ensayar toda una gran gama de medicamentos para vencer la terrible «enfermedad verde», el sabio había orientado sus investigaciones hacia la búsqueda de algún otro hongo que pudiese poseer propiedades antagónicas al que causaba el espantoso mal.

—Al iniciar mis trabajos —explicó Blanchard — , me asusté de la resistencia de esos misteriosos hongos que causan la «enfermedad

verde». Cuando los introduje en diversos cultivos bacterianos y en recipientes con hongos de especies de agresividad bien demostrada, los procedentes de esa enfermedad resistieron de una manera impresionante cuantas pruebas hice con ellos.

»Reaccionaban de tal forma, que llegué a pensar que poseyesen una inteligencia, un poder especial, ya que manifestaban algo que no podía encajar en simples reacciones de defensa de seres tan lejanos a la inteligencia como los hombres.

»Observé fascinado todos aquellos métodos que utilizaban para impedir que los microorganismos y los otros hongos hiciesen mella en ellos. Me parecía del todo imposible que reaccionasen de una manera tan «inteligente», y perdóneme emplear reiteradamente esa palabra, pues no encuentro otra que pueda expresar la realidad de lo que contemplé.

»Finalmente, ensayé una especie que había recibido, no hacía mucho tiempo, de las zonas nórdicas de la India. Se trata de una especie desconocida hasta ahora y que está dotada de un poder destructor sencillamente terrible. Debido a esa potencia destructiva que tiene para toda clase de hongos, la bauticé con el hombre de «sicófagos», es decir, «comedores de hombres», ya que parecen verdaderamente devorar cuantas especies similares se colocan a su alcance.

»EI triunfo de los «sicófagos» sobre los productores de la «enfermedad verde» fue rotundo, demostrándome que había logrado encontrar el arma que necesitaba para combatir al más espantoso mal que había caído sobre la Humanidad.

«Desgraciadamente, mis ensayos se han limitado a trozos arrancados de la piel de mis pacientes, no pudiendo, por eso mismo, prever So que puede ocurrir cuando tratemos, con los «sicófagos», a uno de esos desdichados seres humanos cubiertos totalmente por la costra verde de esa enfermedad.

Blanchard sentía la inmensa satisfacción de haber adivinado que el profesor Chardoneur era la persona que podría encontrar la solución del angustioso problema que asolaba al mundo. Se daba perfectamente cuenta del papel que debía jugar en aquella peligrosa empresa, proporcionando al profesor los elementos de investigación necesarios para poder poner en marcha la contraofensiva que salvaría a las gentes de los horrores que estaban pasando.

—Yo puedo encargarme de proporcionarle cuantos «hombres verdes»

necesite usted, profesor.

Pierrette miró al joven con una expresión de temor en los ojos, pero no dijo nada. Chardoneur, poniendo su mano sobre el hombro del médico:

—Francamente —dijo—, esperaba esto de usted, Blanchard.

CAPÍTULO VIII

EN PLENO VOLCÁN

Blanchard esperó un par de días más, colaborando con el profesor en la preparación de los cultivos de hongos que debían servir para experimentar con los «hombres verdes», que capturase.

Al contemplar aquellas masas agresivas, que hervían en el interior de los tubos de ensayo, Henri sintió la satisfacción de contemplar a los verdaderos Ejércitos que derrotarían aquella enfermedad que se estaba adueñando definitivamente de la Tierra.

Pensó, después de discutir el asunto con el profesor y con Pierrette, que lo mejor sería salir por la noche, si deseaba pasar desapercibido y moverse con mayor libertad en las calles de la ciudad, abarrotadas de «hombres verdes». La muchacha manifestó su interés en acompañarle, pero él se negó en redondo.

Aquella noche, sin más arma que una jeringuilla metálica, cargada de una fuerte dosis de un potente anestésico, Henri Blanchard atravesó la minúscula puerta de la clínica que daba a una obscura y desierta callejuela.

Empezó a avanzar, rozando las fachadas de los edificios y procurando mantenerse en las zonas de sombra, de modo a pasar completamente desapercibido en su marcha. Una vez fuera de la callejuela, fue escogiendo su itinerario, avanzando prudentemente hacia el río, al otro lado del cual pensaba encontrar lo que buscaba.

La ciudad ofrecía un fantástico aspecto. Casi la totalidad de la iluminación escaseaba, siguiendo en algunas zonas, completamente inexistentes. Parecía como si París se hallase hundido en la negrura de una noche de la que jamás podría salir.

Atravesó el Sena por uno de los puentes menos frecuentados, logrando pasar al otro lado sin sorprender presencia humana alguna, fuera del tipo que fuese. Después, ya en la cercanía de los grandes bulevares, avanzó con mayor prudencia, al ver que la iluminación de las amplias arterias de la ciudad era como siempre intensa y hasta cegadora.

Tenía que atreverse a pasar a aquella zona de luz, ya que en la obscuridad no parecían deambular los nuevo, y terribles

conquistadores. Pensó que la mejor suerte que podía tener era la de encontrar un «hombre verde» aislado al que pudiese atacar con facilidad y transportar a la clínica del doctor Chardoneur.

Se daba perfectamente cuenta de la extraordinaria importancia de su misión y que de él dependía por completo que la lucha contra los invasores pudiese llegar a algún sitio positivo. Por ello, después de desearse suerte, avanzó decididamente, introduciéndose en la zona luminosa.

Nada más entrar, pudo darse cuenta de que los enemigos abundaban extraordinariamente. Por grupos de a dos por tríos, o simplemente solos, los «hombres verdes» desfilaban por las aceras silenciosos y al parecer completamente ausentes, como si hubiesen estado profundamente hipnotizados.

Apoyando la espalda en el quicio de una puerta, Henri esperó pacientemente que la ocasión propicia se le presentase. Deseaba seguir a uno de ellos, evitando que nadie pudiese darse cuenta, para lo que necesitaba a uno aislado y lejos de los demás.

Después de unos minutos de ansiosa espera, vio a un «hombre verde», de pequeña estatura y no muy fuerte, condiciones que le convenían extraordinariamente. Sin dudarlo, inició la persecución de su enemigo, procurando siempre mantenerse en la zona de la sombra, o al menos en la de penumbra.

Anduvo durante una larga media hora, siguiendo una dirección que iba hacia el Oeste de la ciudad. El «hombre verde» que le precedía parecía no haberse dado cuenta de la persecución de que era objeto, cosa fácilmente explicable por aquella especie de somnolencia que parecía dominarlos por completo.

Blanchard lanzó un suspiro de plena satisfacción al darse cuenta de que el hombre al que perseguía había tomado un camino oblicuo, introduciéndose por una vía colateral, bastante menos iluminada que la gran avenida.

Apretando el paso, disminuyó en lo posible la distancia que le separaba de su presa; luego, cuando se percató plenamente de la soledad de los lugares y creyendo que no había peligro alguno en lanzarse al ataque, corrió velozmente, empuñando la jeringuilla y disponiéndose a vencer fuese cómo fuese.

Fue en aquel preciso instante, cuando sólo le separaba de su enemigo una docena de pasos, cuando un grupo de cuatro «hombres verdes»

surgió de una esquina, justamente a su espalda, avanzando amenazadoramente hacia él.

Buscando un punto de apoyo que le guardase las espaldas y dispuesto a defender cara su vida, Blanchard buscó el refugio de un portal, plantándose frente a sus enemigos, que seguían avanzando y emitiendo gruñidos nada gratos.

Blanchard, juzgando sinceramente las posibilidades que tenía de escapar, llegó a la triste conclusión de que podía considerarse completa y definitivamente perdido. Los cuatro «hombres verdes», a los que se había agregado el que perseguía, iban cerrando el cerco y disminuyendo la pequeña distancia que les separaba de su objetivo.

Empuñando la jeringuilla, Henri cerró los ojos, esperando el primer golpe de sus enemigos...

* * *

En Alemania, el ambiente se hizo definitivamente irrespirable para el grupo de valientes que mandaba Hunk.

Después de luchar denodadamente contra un enemigo superior y que parecía no considerar el número de bajas que se le causaban, Hunk y los suyos, tras combatir ásperamente en los bosques meridionales de Alemania, se vieron obligados a atravesar la frontera, adentrándose en Francia.

El Norte del país galo no abundaba en enemigos, que parecía haberse concentrado en las grandes ciudades y, sobre todo, en los puertos, como si preparasen un embarque para lanzarse contra América o vigilasen cualquier desembarco enemigo.

Así, atravesando la desolada zona septentrional de Francia, Hunk y los suyos fueron aproximándose cada vez más a París, penetrando finalmente en los barrios extremos de la capital.

Lograron adentrarse sin ser vistos.

Pronto pudieron darse cuenta de que el país era algo muy importante para los «hombres verdes». Les pareció como si el que los mandaba hubiese elegido la capital francesa para centralizar las más gigantescas

agrupaciones de los nuevos conquistadores.

Pronto se percató Hunk de que las armas y municiones le faltaban casi completamente. En toda la amplia zona francesa que había atravesado hasta llegar a París, no encontraron nada que no fuesen los humeantes restos de una metódica y salvaje destrucción que había convertido ciudades y pueblos en informes montones de ruinas.

Aquel colosal «comando» se estableció en los alrededores de París, preparándose para seguir actuando cada vez con mayor energía. Pero, después de agotar las últimas municiones, se dieron cuenta de la urgente necesidad de atacar por sorpresa a algunos enemigos para procurarse lo que tan urgentemente necesitaban.

Una noche, Hunk y los cuatro hombres que le quedaban de su grupo formidable, que había regado con sangre generosa las tierras germanas, se dispuso a llevar a cabo su primer ataque contra las fuerzas enemigas que ocupaban París.

Después de atravesar la zona sombría de los arrabales y empuñando los fusiles por el cañón, dispuestos a servirse de ellos como de mazas, avanzaron resueltamente hacia el centro de la capital, cuya luminosidad denotaba la presencia de los contrarios.

Antes de llegar a los grandes bulevares, los astutos ojos de Hunk descubrieron un grupo de cuatro «hombres verdes» que se movían con una extraña cautela, como si deseasen pasar desapercibidos.

Con un mudo gesto, el noruego hizo que su grupo siguiese a los precavidos enemigos, teniendo la precaución de que ellos no se apercibiesen del peligro que les amenazaba.

Recorrieron así algunas obscuras transversales, hasta llegar a una zona que estaba un poco más iluminada, sin llegar, ni mucho menos, a la claridad intensa de los bulevares.

Hunk y sus hombres se movían como sombras, y sin hacer el menor ruido. Estaban acostumbrados a luchar en condiciones mucho peores que aquellas, habiendo llegado a dominarse de tal manera, que podían moverse sin que nadie se percatase de ello hasta que ya era demasiado tarde.

Sorprendió a Hunk la manera sinuosa y silenciosa con que también marchaban sus enemigos. Casi se dio cuenta de que ellos debían estar haciendo exactamente igual que él y sus hombres; pero, la semioscuridad reinante le impedía llegar a ver a la indudable víctima

que aquellos monstruos acechaban.

De repente, los «hombres verdes» abandonaron decididamente la penumbra, penetrando en una zona bastante bien iluminada. Fue entonces cuando Hunk y los suyos pudieron ver la silueta borrosa de un hombre que se escondía rápidamente en el dintel de una puerta, mientras sus enemigos le cerraban implacablemente el paso.

Otro contrario se había unido a los cuatro que eran seguidos por Hunk y todos ellos se disponían a lanzarse contra el indefenso individuo que se había, al introducirse en el portal cerrado, metido en un cepo sin salida.

Cuando los «hombres verdes» se lanzaban definitivamente contra el desconocido, Hunk dio, a su vez, la orden de ataque y como siempre, dando ejemplo a sus hombres, lanzóse el primero, esgrimiendo su fusil por el cañón, como una formidable y primitiva maza.

Cogidos de sorpresa, los «hombres verdes» sucumbieron en pocos instantes al feroz empuje de los hombres de Hunk. Instantes más tarde podía éste acercarse al portal e invitar al desconocido a que saliese.

Por su parte, Blanchard no se atrevía a dar crédito a sus ojos. Estaba tan plenamente convencido de que había llegado su última hora que la inesperada presencia de su salvador le había dejado sin aliento.

—Muchas gracias —dijo estrechando fuertemente la mano que le tendía Hunk—. Creí que esto se había acabado.

Hunk le miró con curiosidad. Hacía mucho tiempo que no había visto a un ser humano desprovisto de aquella repugnante corteza verde. Fuera de sus hombres, no había encontrado más que cadáveres a lo largo de los caminos de Europa.

—¿Cómo se le ocurre pasearse así por estos lugares?

Fue Blanchard ahora el que esbozó una sonrisa.

—Ésa podía ser, precisamente, la pregunta que yo le formularía con mayor interés.

—Es muy distinto —replicó el noruego—. Nosotros formamos un grupo de asalto que no recibe órdenes de nadie y que no tiene otro objetivo que el de luchar contra esta nueva peste que ha caído sobre el Globo. Pero usted, con esa ridícula jeringuilla en la mano…

Sus hombres, que se habían apoderado de las armas de los enemigos, le rodeaban y sonreían encontrando grotesca la silueta de Blanchard y su jeringuilla metálica que brillaba en la mano.

—¿Es que pensaba usted curarlos? —inquirió Hunk, siguiendo la broma.

—No es eso lo que intentaba hacer. En realidad, estaba buscando la manera de destruirlos.

Los ojos del noruego brillaron intensamente.

—Eso me convence muchísimo más —dijo — . Cualquier persona que desee destruir esta plaga, puede contar con mi ayuda y la de mis hombres. ¿Qué debemos hacer?

—Soy el doctor Blanchard —explicó Henri — , uno de los primeros que tuvo ocasión de estudiar esta «enfermedad verde». He conseguido llegar a París para ponerme en contacto con un célebre profesor que, al parecer, ha encontrado el arma para combatir esto que usted llama «plaga».

»Salí esta noche con intención de apoderarme de uno de estos individuos, para que el profesor Chardoneur, que así se llama el hombre del que acabo de hablarles, pueda realizar un experimento definitivo, que demostrará que ha encontrado el arma que todos deseamos.

Hunk, al igual que sus hombres, había escuchado atentamente las palabras del joven doctor, adivinando que, en realidad, podría haber otros métodos más eficaces para combatir a los «hombres verdes», que la violencia de la lucha armada que ellos habían empleado.

—Yo no sé si usted y ese profesor necesitarán hombres como nosotros; pero, es casi seguro que me conteste afirmativamente. Y puesto que lo que necesitan, en primer lugar, es material de ensayo, vamos a llevar adonde usted diga todos estos...

Blanchard hubo de rechazar dos de los «hombres verdes», que ya estaban muertos. Por primera vez observó que la costra verdosa que cubría aquellos cadáveres desaparecía como por ensalmo.

—¡Qué curioso! —exclamó el doctor.

—¿Curioso qué? —inquirió Hunk.

—¿Ha observado usted como la costra verde que cubre los cuerpos de estos desgraciados desaparece en cuanto mueren?

—Hace mucho tiempo que hemos observado ese fenómeno, mis compañeros y yo. Cada vez que uno de estos «hombres verdes» caían en el combate, dejaban de serlo, volviendo a tener la piel tan limpia como la nuestra.

»Pero, ahora que recuerdo una de esas palabras. ¿Se puede saber por qué califica usted a estas fieras con un adjetivo tan blando como «desgraciados»?

Blanchard miró con cierta curiosidad a su interlocutor. Le extrañaba sobremanera el punto de vista del noruego, pero en seguida reaccionó, recordando que para la mayoría de las gentes, los «hombres verdes» se habían convertido en enemigos, y no en pacientes como la ciencia médica los consideraba.

—Les he llamado así —explicó— porque no son responsables de lo que hacen. Su actitud bélica, las monstruosidades que realizan y hasta el mismo desprecio que sienten por la vida, dependen directamente de la enfermedad que padecen. Hay aún muchos puntos obscuros que es necesario esclarecer para que podamos juzgarlos definitivamente. Pero, para los médicos y por ahora, no son más que enfermos de un mal misterioso que, con toda seguridad, una vez desaparecido, les hará volver a ser criaturas humanas como nosotros.

El noruego se rascó pensativamente la cabeza.

—Perdóneme, pero no puedo creerle por completo. Yo también me imagino que hay algo muy grande, un infernal misterio o algo así, detrás de todo esto. Pero, de todas formas, los «hombres verdes» son enemigos declarados de la Humanidad y nuestra obligación es no dejar uno solo sobre la superficie de la Tierra.

Era inútil discutir y además, lo más importante era desaparecer de allí cuanto antes. Así lo manifestó Blanchard, y la extraña caravana, cargada con los tres enemigos inconscientes y guiada por Henri, se dirigió prudentemente, eligiendo los caminos más obscuros, hacia la clínica del profesor Chardoneur.

La llegada de aquel fantástico equipo constituyó para el profesor y para Pierrette la sorpresa más agradable que podían esperar. La joven atendió a los recién llegados, mientras el profesor y Blanchard, después de encerrar a los prisioneros, penetraban en el laboratorio para preparar la experiencia definitiva.

Horas más tarde, cuando Chardoneur había logrado disponer, en una serie de tubos de ensayo, dosis de «sicófagos», suficientemente virulentos, volvióse emocionado a Blanchard.

—¡Ya tenemos todo preparado, mi joven amigo! —exclamó jubiloso.

—Profesor —repuso Henri —. Desearía proponerle un ensayo previo, sobre el que no tengo más argumento que mi propia intuición…

—¿De qué se trata, Blanchard?

—Yo tuve ocasión de investigar, en un enfermo que al mismo tiempo era mi mejor amigo, las ramificaciones internas de la «enfermedad verde». Pude observar que esos hongos malignos emiten una serie de tentáculos que, después de atravesar las capas musculares, se posan, por medio de unas minúsculas ventosas, a lo largo de los nervios.

»Observé también que cuando los hongos se fijan en las extremidades, éstas parecen perder la facultad de movimiento, por muchos esfuerzos que haga el enfermo. Por eso y razonando, quizá demasiado simplemente, he llegado a la conclusión de que son solamente los hongos situados en el rostro y en la cabeza los que causan los trastornos mentales de los afectados por la "enfermedad verde".

»Todo esto me hace vislumbrar la posibilidad de que si destruimos solamente la costra del rostro y la cabeza, podríamos obtener de los enfermos una serie de declaraciones interesantísimas, ya que sospecho que el origen de esta enfermedad puede ser mucho más inesperado de lo que pensamos.»

El profesor Chardoneur lanzó una mirada de sincera admiración a Blanchard. Aquella demostración de positiva inteligencia no era, para él, una conclusión de aquel momento. Desde que había estudiado en su clase, Henri demostró una verdadera vocación hacia la medicina y, especialmente, hacia la investigación.

—De acuerdo. Realizaremos primeramente la experiencia que me propone, antes de lanzarnos a una destrucción total de la corteza verde que cubre a nuestros pacientes.

Hablaba como en sus buenos tiempos de catedrático y aquel entusiasmo impregnó también a Blanchard, que sintió que su corazón latía con más fuerza, emocionado como estaba por lo que ocurriría en las próximas horas.

Hunk y los suyos se habían acostado, después de, saborear la

suculenta cena que les había preparado Pierrette. La joven, tras cumplir con las obligaciones que se había impuesto, subió, en una bandeja, la comida para el profesor y él.

De nada le sirvieron ni los ruegos insistentes ni las amenazas que profirió. Los dos hombres estaban a mil leguas de la realidad, intensamente concentrados en los preparativos del crucial experimento que se proponían realizar de inmediato.

Finalmente, Pierrette, cautivada por todos aquellos misteriosos preparativos, dejó la bandeja sobre una mesa y siguió con interés las manipulaciones de los dos hombres.

Un poco más tarde, Blanchard, con su célebre jeringuilla metálica preparada, salió de la estancia, volviendo poco después con uno de los «hombres verdes» cargado sobre la espalda.

Después de tenderlo en la mesa de operaciones, los dos médicos se colocaron sendas batas blancas, ayudados por la muchacha que, de ninguna manera y a pesar de los ruegos de Blanchard, consintió en no ver lo que iba a realizarse allí.

Chardoneur fue cargando jeringuilla tras jeringuilla de la sustancia verdosa que extraía de los tubos de ensayo preparados. Después, fue Blanchard el que inyectó cuidadosamente aquel líquido, pinchando muchas veces en la costra verde que cubría el rostro y la cabeza del prisionero.

—Ahora sí que podemos tomar un bocado —dijo el profesor—, ya que tenemos que esperar a que se pase el efecto de la anestesia, que nos hemos visto obligados a administrarle para poder traerle hasta aquí.

—¿No le parece, profesor, que debíamos atarle con las correas para evitar una desagradable reacción cuando se despierte?

—Hágalo, Blanchard.

Comieron algunos de los emparedados que había preparado Pierrette, sin perder de vista, ni un solo instante, la cama metálica en la que yacía el «hombre verde». Finalmente, fue Pierrette la que les previno de que el paciente empezaba a moverse.

Se acercaron los tres, con una emoción apenas contenida, observando detalladamente la fatigosa respiración del «hombre verde», que empezaba a recobrar el conocimiento.

De repente, cuando menos lo esperaba, los labios de aquel hombre se movieron, mientras las costras verdes del rostro le caían y algo extraordinariamente extraño se dejó oír en el laboratorio.

—¡Se está acabando la atmósfera! —gritaba aquel desgraciado —. ¡Tenemos que huir de Venus!

CAPÍTULO IX

SE PERFILA EL TRIUNFO

Ocho esferas plateadas, que acababan de frenar el vertiginoso impulso que les había lanzado a una pavorosa velocidad, desde la lejanía del Espacio, empezaron a describir amplios círculos alrededor de la Tierra.

Momentos antes, sus pulidas superficies estaban al rojo vivo y la temperatura alcanzada, al recibir el brutal choque con la atmósfera terrestre, debía alcanzar, en la brillante superficie de aquellas esferas, varios miles de grados centígrados.

Aquellas esferas acababan de dar un salto d© cuarenta y un millones de kilómetros y la fuerza de la aceleración les había lanzado brutalmente contra la capa gaseosa que envuelve la Tierra, amenazando pon convertirlas en vapor. Afortunadamente para ella, los seres inteligentes que las habían construido debían haberlas dotado de mecanismos especiales, ya que el enfriamiento de sus superficies se realizó en un tiempo mínimo, como denotó la amplia orla de vapor que las envolvió por completo durante un corto lapso de tiempo.

Después de describir varios círculos alrededor del planeta, las esferas, obedeciendo una misteriosa orden, perdieron altura al unísono, desapareciendo bajo el denso mar de nubes que cubrían tierras y continentes.

En una formación impecable, atravesaron el Atlántico, como si hubiesen conocido a la perfección la geografía terrestre, posándose blandamente y a unos cientos de metros de altura, sobre unos vagos terrestres, muy cerca de París.

A primera vista, parecían flotar en el aire. Pero, cuando el sol iluminó tangencialmente el espacio vacío que parecía existir entre la superficie del suelo y las esferas, una especie de luz rosada, formando cuatro densos haces que demostraron palpablemente que aquellas esferas se sostenían en el aire merced al lanzamiento de una nueva forma de energía que les hacía sustentarse como si reposasen en cuatro sólidos pilones de cemento.

Lentamente, lentísimamente, fueron perdiendo altura, al tiempo que un extraño foco que había emergido de su parte superior, giraba

locamente, barriendo los alrededores con una tenue luz azulada. Aquel foco guiñaba su ojo luminoso en un parpadeo constante, lo que hacía adivinar casi que se trataba de un mecanismo semejante al «radar» humano, o quizás a una gigantesca y supersensible célula fotoeléctrica.

Los seres, indudablemente inteligentes, que pilotaban aquellas extrañas astronaves, estaban investigando la naturaleza de los alrededores del lugar donde habían decidido posarse.

Nada intranquilizador debieron percibir, pues cuando las esferas tocaron definitivamente el suelo, una serie de puertas corredizas se abrieron, dando paso a unos seres estrambóticos que semejaban infantiles caricaturas de seres humanos.

De cada una salió una de aquellas criaturas, siendo, por ende, ocho en total. No debían medir más de treinta centímetros y poseían una total semejanza con embriones humanos. De su minúsculo tronco brotaban cuatro extremidades: dos piernas y dos brazos, pareciendo las primeras completamente incapaces de sostener el peso del desmesurado cráneo.

En efecto, la cabeza era algo que no guardaba relación ni proporción alguna con el resto del cuerpo. Era una cabeza monstruosa, claramente braquicéfala, completamente lisa y sin el menor asomo de pelo por parte alguna, lo que hacía que los pequeños ojos, la diminuta nariz y la minúscula boca pareciesen heridas abiertas y sangrantes sobre la pálida superficie del rostro.

Al andar, lo hacían despacio, a pequeños saltos, luchando constantemente contra un equilibrio inestable que parecía tener que fracasar de un momento a otro, haciendo que aquellos grotescos personajes de pesadilla diesen con sus huesos en el suelo.

Nada más salir de las esferas, se reunieron y avanzaron dándose la mano y aumentando así la comicidad indudable de su aspecto.

Miraban todo, no con extrañeza, sino como una curiosidad de algo que se sabe teóricamente y que la realidad no hace más que completarla.

Avanzaron hasta penetrar en las primeras calles de la ciudad, que seguían permaneciendo completamente desiertas. Sus miradas, con harta frecuencia, se dirigían hacia el horizonte de tejados, sobre el que sobresalía la silueta puntiaguda y metálica de la torre Eiffel. Aquello parecía llamarles poderosamente la atención, ya que se detuvieron varias veces, sin dejar de contemplar el monumento f charlando

animadamente en un lenguaje suave, sin intervalos y todo semejante a una serie de continuos silbidos.

Finalmente, uno de ellos se llevó las manos al pecho, tocando un disco de regulares dimensiones que semejaba un medallón dorado. Aquel disco estaba dividido en dos círculos concéntricos, cortado el exterior por una serie de radios iguales, sobre los que tamborileaban los minúsculos dedos del hombrecillo, de la misma forma que lo hubiese hecho sobre el teclado de un piano.

Momentos más tarde, una multitud ingente de «hombres verdes» apareció sobre el extremo de la calle, deteniéndose a respetuosa distancia de los minúsculos seres y permaneciendo en silencio, mientras aquella extraña criatura seguía tecleando sobre el círculo.

Los «hombres verdes» se colocaron a ambos lados de la calle, dejando paso a los recién llegados y estableciendo una vigilancia que hacía parecer todo aquello el más extraordinario desfile que imaginarse pueda.

Sin dudar un solo instante, las ocho minúsculas criaturas, después de caminar incansablemente entre las filas de «hombres verdes», se dirigieron directamente al edificio del Elíseo, penetrando en él con un gesto de arrogancia que hacía aún más cómico el empaque de sus caricaturescas siluetas.

Sería totalmente imposible poder verter a cualquier lenguaje humano todo lo que aquellos hombrecillos hablaron en los salones, desmesuradamente grandes para ellos, del palacio parisino. Pero, obligado es presentarles, así como exponer los motivos que les habían traído a la Tierra y lo que se proponían hacer en ella.

Sus nombres poco pueden decir, pero para los demasiado curiosos, será necesario escribirlos en un lenguaje que nada puede significar.

Eran: Agak, Sulko, Bhey, Ulma, Prok, Rhe, Fak y Dfrok; ocho nombres que correspondían a ocho seres egoístas que, favorecidos por el dominio de una ciencia exclusivamente destinada al mal, habían llegado a ser los únicos supervivientes de un planeta al que por la proximidad del Sol había acabado abrasado casi totalmente.

Para aquellos ocho ridículos hombrecillos, dotados de mentes extraordinarias y que compendiaban entre ellas una ciencia a la que todavía no había llegado la de los habitantes de la Tierra, el sacrificio de millones de venusinos, adaptados a una forma de vida posible sobre la superficie del calcinado planeta, no había significado más que

un rotundo triunfo para sus privilegiados cerebros.

¿Qué discutieron aquella mañana en el aburguesado marco del Elíseo francés?

¡Nada importa!

Sus designios, como los de cualquier raza que invadiese la Tierra, no podían ser más que los de un conquistador que se posesiona de un maravilloso planeta, de un regalo formidable que no importa que habitantes de otro mundo admirarían hasta el entusiasmo y que, sin embargo, los hombres no saben apreciar en su justa medida.

* * *

Durante unos segundos, las tres personas que escuchaban las palabras surgidas de los labios del «hombre verde» permanecieron silenciosas, extrañadas, atónitas ante aquel lenguaje fantástico que nada podía decirles.

Para Blanchard, sin embargo, aquellas frases poseían una significación de recuerdo, ya que las había oído de los labios del propio hermano de Pierrette, en el lejano poste donde sorprendió la reunión de los «hombres verdes».

Para el profesor Chardoneur, como para Pierrette Levon, las palabras del paciente no tenían otro significado que el que hubieran poseído las incoherentes y fantásticas frases dichas por cualquier enfermo mental.

Pero, para sorpresa de todos, después de los primeros gritos y de las exclamaciones iniciales, el «hombre verde» empezó a hablar distintamente, claramente, como alguien que repite una lección bien aprendida y que expresa las ideas que ha escuchado durante mucho tiempo.

A las hábiles preguntas de Blanchard, el enfermo contestó de una forma en la que no cabía la menor duda en cuanto a su verosimilitud.

— Hace muchos años, millones de años, vivíamos en Venus, dentro de una maravillosa civilización. Nuestras ciudades eran grandiosamente bellas y gozábamos de un clima magnífico, protegidos del calor y de la luz solares por una densa capa de atmósfera que era el mejor escudo

que pueda imaginarse.

"Continentes, océanos; teníamos de todo cuanto puede desear un ser que habita en un planeta cualquiera. Nuestras familias, nuestras instituciones, se arraigaban profundamente en el individuo y en su totalidad, señalando un futuro repleto de parabienes.

"No puedo recordar exactamente cuándo se produjo fa colosal catástrofe que nos aniquiló definitivamente. Ha de tenerse en cuenta que, desde hace miles de años, no he podido expresar nada ni pensar en nada, hasta que el azar me hizo situarme sobre un ser, cuyos medios de expresión y cuya inteligencia he podido emplear y empleo,

"Un nefasto día, y debido a causas que ignoro por completo, nuestra belfa y maravillosa atmósfera se desgarró, dando paso al más tórrido infierno que puede pensarse. Un Sol blanco, un calor sofocante y un resplandor cegador, nos hizo huir a lo más profundo de las cavernas, donde nuestros lejanos antepasados habían vivido.

"A partir de entonces, nuestra existencia se convirtió en un constante sufrimiento; es algo difícil de concebir y nuestra desesperación alcanzó límites insospechados. La muerte nos rondaba por todas partes, ya que animales y vegetales, abrasados por un Sol implacable, habían dejado de existir, condenándonos a la más terrible de las agonías.

"Sin embargo, poseíamos aún muchos de los medios técnicos que nuestro progreso científico había hecho posibles. Gracias a la utilización de la energía atómica regulábamos aún la temperatura de las cavernas, gozábamos de una luminosidad artificial y nos manteníamos en constante contacto, gracias a emisoras de televisión, en relieve y color, que, desdichadamente, no podían darnos más imágenes que las de nuestra propia e intolerable situación.

"Podemos ahora, después de tanto tiempo, maldecir a todos aquellos inventos que debían ponernos en manos de la ambición de unos cuantos, que sólo pensaban en su propia felicidad.

"Desde el principio, recibimos mensaje tras mensaje de nuestro más potente grupo de sabios que, en número de ocho, permanecían encerrados en un laboratorio secreto, cuya situación nadie había conocido nunca.

"He de confesar que los mensajes que recibíamos eran de lo más halagüeños y optimistas, siendo, por así decirlo, un alimento espiritual constante que nos engañaban como cantos de pérfidas sirenas.

"Después de un cierto período de intranquilidad, los sabios nos comunicaron que habían encontrado un procedimiento para poder salvar a la totalidad de los pueblos venusianos. Por medio de aparatos teledirigidos, que enviaron desde su misterioso laboratorio, nos hicieron llegar, a cada cueva, unos extraños aparatos con instrucciones, en cintas magnetofónicas anejas para su empleo.

"¡Caímos estúpidamente en la trampa! Aquellos aparatos eran unos diabólicos transformadores de la materia humana que, después de una serie de años, acababan convirtiéndola en materia vegetal, naturalmente apta para vivir en el desecado ambiente del planeta; pero que, al mismo tiempo, encerraba la más alevosa agresión contra nuestra personalidad que pudiese imaginarse.

"Así, en el transcurso de cerca de un centenar de años — habíamos conseguido prolongar la vida hasta cerca de dos siglos— nos fuimos convirtiendo en vegetales; en vegetales de ínfima categoría, en hongos monstruosos que poseían una serie de curiosas cualidades que no significaban aún la completa desaparición de nuestra personalidad.

"Deseo explicarme lo más claramente posible. En realidad, cada uno de nosotros se convirtió en una masa individualizada de hongos que guardaba como un remoto recuerdo de lo que había sido. Naturalmente, no podíamos pensar, ni siquiera darnos cuenta de que existíamos. Pero después, cuando pudimos aplicarnos y cubrir totalmente el cuerpo de las criaturas de este planeta, al ponernos al contacto con su sistema nervioso, fuimos capaces de imponernos totalmente, desposeyéndoles de su personalidad y cegando la totalidad de sus sentidos, como suele acontecer en las graves enfermedades de la mente.

"Pero todo esto pertenece a otra historia, que hemos sabido mucho más tarde, cuando los sabios creyeron oportuno comunicárnosla desde Venus. No somos más que sus más ínfimos esclavos y ellos nos enviaban, por medio de meteoritos artificiales, lanzados desde nuestro planeta de origen, para poder conquistar este Tercer Mundo.

"Sabemos ahora que nos debemos en plena obediencia a ellos. Ahora que hemos recobrado nuestra personalidad, la mayor amenaza que se nos puede hacer —y ya nos la han hecho— es la de hacer desaparecer la Especie Humana, ya que sin ella volveríamos a ser simplemente unos hongos condenados a una espantosa nada.

En aquel momento, Blanchard formuló su última pregunta.

—¿Por qué abandonáis el cuerpo humano cuando éste muere?

—Es natural. La vida de lo que podíamos llamar nuestro «huésped» es el único instrumento que nos permite ascender, desde la ínfima categoría de nuestro ser, a una forma en la que vivimos antaño. Una vez muertos, el ser del que nos apropiamos no es ya más que una masa inerte que nos convierte, otra vez, en simples hongos…

* * *

Entretanto, Agak, Sulko, Bhey, Ulma, Prok, Rhe, Fak y Dfrok ultimaban sus ambiciosos planes para el total dominio del planeta. Por el momento, necesitaban a los venusianos para, convirtiéndolos en individuos semejantes en todo a los habitantes de la Tierra y que les obedecían ciegamente, terminar la conquista por la fuerza de las armas, combatiendo a los humanos con sus propios medios.

Pero, en el interior de sus malévolas inteligencias, el proyecto no acababa allí. Tenían ya en estudio el procedimiento de hacer desaparecer de la superficie terrestre la totalidad de las criaturas humanas, únicos vectores posibles de manifestación venusiana.

Imaginaban lo que sería la vida de los ocho en un planeta que les perteneciese definitiva y totalmente. Vueltos a su miserable calidad de hongos, los venusianos se mantendrían en la obscuridad de su relativa existencia, esperando que los sabios urdiesen nuevos planes para ulteriores conquistas de otros mundos y, finalmente, todo el Universo.

CAPÍTULO VII

VICTORIA MERECIDA

Alrededor de la mesa, donde las tazas de café humeaban aún, se había hecho un silencio que demostraba palpablemente la importancia del proyecto que acababa de presentar el joven doctor Blanchard.

Los hombres se miraron fijamente entre sí, bajando después los ojos a la mesa, como si toda su atención se concentrase de pronto en las tenues volutas que, brotando de los cigarrillos, se enroscaban perezosamente en el humo menos denso que despedían las tazas de café.

Solamente Pierrette, intuitiva como mujer que era, no separaba la mirada del rostro un tanto pálido de Henri que, imitando a los otros, miraba fijamente el círculo obscuro de su taza.

En realidad, nada de extraño tenía aquella expectación, aquel recogimiento en el que cada uno intentaba sopesar y valorar las posibilidades que podían convertir en realidad la débil consistencia de una idea.

Fue, naturalmente, Hunk el que rompió el silencio, desgarrándolo con su voz franca y potente, de hombre que se lanza con ardor cuando ha descubierto la más pequeña posibilidad de llevar a cabo el más descabellado proyecto.

— ¡De acuerdo!

En aquellas dos palabras estaba encerrado todo el heroísmo capaz de manar de un corazón humano; todo el heroísmo y todo el sacrificio del que puede disponer un hombre que, a pesar de las esperanzas que le proporciona su propio optimismo, ve con claridad los peligros que, irremisiblemente, se precipitan sobre él.

Los hombres se levantaron, comprendiendo perfectamente que las palabras que acababa de pronunciar el noruego eran más que suficientes para definir lo que había de hacerse. Luego, en medio del mismo silencio, se dirigieron a la puerta, excepto el profesor Chardoneur con el que, de una manera tácita, no se contaba en aquella aventura.

Los paquetes estaban colocados junto a la puerta y los hombres fueron apoderándose de ellos, con un gesto que podía parangonarse de dramático, como si fuesen soldados que recogiesen la munición momentos antes de una terrible batalla. Sabían que era ir derechos hacia la muerte.

Así era en efecto; pero nadie entre aquellos hombres deseaba dar importancia a lo que iban a realizar.

En el momento en que Blanchard se inclinaba para apoderarse de uno de los paquetes, la robusta mano del leñador de Hunk se posó en su hombro.

—Usted no, doctor. t

—¿Por qué?

El noruego, por encima del hombro de Blanchard, lanzó una mirada de clemencia a Pierrette, que comprendiendo exactamente la intención del leñador, le sonrió agradecida por anticipado.

Hunk sabía que Henri era tozudo y que no existía más que un procedimiento para evitar que formase parte de aquel «comando suicida». Y, conociendo esto, utilizó la sola forma de persuasión que podía emplearse en aquellos momentos.

Al recibir el puñetazo del noruego en plena mandíbula, Blanchard se elevó un poco, como si acabase de crecer unos centímetros. Luego, demostrando la imposibilidad de tal cosa, se encogió ostensiblemente, desplomándose en el suelo, donde quedó sin conocimiento.

La última cosa que Pierrette vio en el rostro del noruego fue una sonrisa divertida que hizo que la joven, cuando la pequeña puerta se cerró definitivamente, estallase en sollozos.

Atravesar un París superorganizado y archidefendido por la presencia de los ocho sabios, era una tarea simplemente sobrehumana. Pero Hunk y sus hombres, que habían asistido a una de las últimas experiencias del profesor Chardoneur y del joven Blanchard, conociendo así la solución espantosa del misterio de los «hombres verdes», se sentían capaces de realizar cualquier esfuerzo para librar a la Humanidad de la sentencia de muerte que los ridículos hombrecillos del Elíseo habían firmado inexorablemente.

No podían utilizar tampoco sus armas de fuego y fue a golpe de cuchillo, sintiendo que el corazón se les destrozaba cada vez que

mataban a un «hombre verde» — ¡ahora sabían que no eran más que hombres miserablemente convertidos en enemigos! — como avanzaron a través de una ciudad sometida a la voluntad de unas minúsculas y diabólicas criaturas.

Uno de los hombres del noruego murió en el camino; pero, sus amigos no pudieron detenerse ni para darle cristiana sepultura. Su objetivo estaba en el aeródromo, en el campo de Le Bourget, al que tenían que llegar costase lo que costase.

¿Cuánto tardaron?

Nadie lo sabrá jamás, porque ninguno de ellos volverá nunca a decirnos lo que pasó. Ha sido gracias a la imaginación como pudimos establecer, más o menos ciertamente, la fantástica aventura de aquellos tres valientes que, después de una lucha sin igual, consiguieron llegar al campo de aviación, logrando seguidamente apoderarse de cuatro aparatos que, momentos más tarde, sobrevolaban majestuosamente sobre un París desconocido y monstruoso. No llevaban más de algunos segundos volando sobre los tejados de la ciudad, cuando los reflectores horadaron la negrura, pintando blancos círculos en el cielo. Como dedos de gasa transparente, los haces de los reflectores recorrieron la negrura del firmamento como si intentasen coger los rápidos aparatos de aquel maravilloso «comando».

Inmediatamente los cañones antiaéreos empezaron a vomitar su fuego y a llenar el espacio de líneas de colores, en una apoteosis de tragedia…

Pero Hunk y los suyos no habían perdido el tiempo. Desde el momento en que vieron aquel París a sus pies, abrieron las cajas que habían preparado los médicos y destapando los algodones que cubrían los tubos de ensayo, lanzaron al vacío aquella beneficiosa medicina que acabaría con la más espantosa de las pesadillas.

Luego, cuando los dedos de acero de los proyectiles antiaéreos desgarraron sus carnes, haciendo pedazos los aparatos en los que volaban, todos ellos, absolutamente todos, murieron con una sonrisa inefable en los labios, que subrayaba definitivamente su victoria.

* * *

A la mañana siguiente, en uno de los elegantes salones del Palacio del Elíseo, ocho minúsculas criaturas temblaban, siendo incapaces de palidecer, ya que el tono de su piel poseía, por sí misma, un sucio color ceniciento.

Ahora parecían mucho más ridículos que antes y sus deformes y monstruosas cabezas se movían de un lado para otro, haciendo temer que el frágil cuello que las sustentaba fuese capaz de troncharse de un momento a otro.

Desde que habían sonado los disparos de la artillería antiaérea, hacía ya muchas horas, los hombrecillos manifestaron su temor, corriendo de un lado para otro como una asustada chiquillería. Alzándose sobre los muebles, llegaron a contemplar a través de los ventanales, la explosión de las granadas en un cielo amenazador y repleto del ululante bramar de los motores de los aviones.

Estaban aterrorizados, moviéndose inquietos y mirándose entre sí, como si buscasen un apoyo mutuo entre ellos. Sus potentes cerebros, dedicados a las grandes cuestiones teóricas, eran incapaces de concebir la acción como algo que no se expresase en complicados cálculos matemáticos. Para ellos, todo era posible desde lo hondo de sus laboratorios y el contacto con la realidad, aunque en ella no hubiese habido peligro alguno, les hacía sentirse profundamente desamparados.

Así pasaron las largas horas de la noche.

Cuando amaneció, optaron definitivamente por alejarse de aquella ciudad que era demasiado gigantesca y completamente extraña. No llegaban aún a comprender lo que había ocurrido la noche anterior, ni intentaban manejar sus aparatos receptores, por miedo a conocer una triste y apremiante realidad.

Salieron, en la bruma del alba, de aquel palacio en el que, horas antes, se habían alojado como futuros dueños del mundo. Todos los cálculos minuciosos que habían hecho, todos los planes que habían forjado a lo largo de años y más años, controlando cada uno de sus detalles en el interior de sus potentes cerebros, se habían ido al suelo, desplomándose ruidosamente, al establecer el primer y fatal contacto con una realidad que les asustaba de una manera tremenda.

Nada más salir a la calle, se percataron de que todo cuanto habían hecho se había destruido para siempre. Las gentes corrían, saltaban y brincaban por las avenidas y los bulevares, presas de un gozo

indefinible.

Casi la totalidad se mostraba con una piel limpia y solamente en algunos se veían aún manchas verdosas en las partes descubiertas del cuerpo y que caían al suelo, a cualquier movimiento brusco, como costras repugnantes de una enfermedad que les había vuelto enemigos de sí mismos y de la Humanidad.

Pegándose a las paredes, para evitar ser vistos y avanzando lentamente, con preferencia por las zonas de sombra, los hombrecillos, con los ojos dilatados por el terror, iniciaron una huida, sin esperanza de salvarse, pues desconocían completamente la topografía de la ciudad.

Sin embargo, agarrados de la mano, como unos pequeños que acabasen de salir del colegio y se encontrasen en plena revuelta callejera, fueron siguiendo las fachadas de los edificios, sin osar atravesar una vez sola ni una calle ni una plaza.

Finalmente, la catástrofe que se preveía ya se desencadenó brutalmente, en uno de los bulevares, al ser descubiertos por un gentío que, habiéndose dado cuenta de todo lo que habían padecido, buscaban en un afán de destrucción colectivo alguien sobre quien pudiese recaer la culpa de todo.

—¡Son ellos!

—¡Son los hombrecillos que aterrizaron ayer!,

—¡Son los que lanzaron la «enfermedad verde»!

Estas y otras frases sonaron como latigazos, inmovilizando por completo a los venusianos que, pálidos de horror, intentaron escabullirse cuando aquel enfurecido gentío se lanzó sobre ellos.

Tardaron poco, muy poco en ser destrozados por una multitud que necesitaba vengarse sobre alguien. Uno de ellos, más listo y hábil que los demás, consiguió escabullirse entre las piernas de los gigantes que le atacaban, corriendo por las calles y plazas a toda la velocidad que le permitían sus cortas y delgadas piernas.

Se organizó entonces una persecución que, de no tener el final trágico que ya se adivinaba, hubiera parecido evidentemente cómica. Los hombres corrían detrás de la pequeña criatura sin querer atraparlo demasiado pronto, deseando por el contrario prolongar lo más posible aquella sangrienta farsa.

Poco a poco, el venusiano fue disminuyendo de velocidad, al tiempo que su descomunal cabeza se inclinaba pesadamente hacia adelante, indicando que la fatiga le ahogaba. Continuó así durante unos cuantos minutos, hasta que finalmente se dejó caer, quedándose sentado grotescamente en medio de una calle.

Entonces, los hombres y las mujeres que le seguían se detuvieron curiosamente, observando aquella extraña criatura, cuyos redondos ojos se movían, en las limpias hendiduras de sus párpados, como dos animales acorralados que buscasen vagamente una escapatoria.

De la burla, la carcajada irónica o el insulto soez, el gentío pasó a la acción y, afortunadamente para el venusiano, la furia movió las manos, convertidas en garras, prodigándole una muerte casi instantánea.

Cuando la gente sació su rabia y creyó aplacada su venganza, sobre la grisácea superficie del asfalto quedó una mancha rojiza que era como el colofón sangriento de una ambición que había llegado desde muy lejos de la Tierra, para morir allí...

* * *

Antes de aventurarse a salir, Blanchard y el profesor cargaron con cuantas dosis de antídoto pudieron fabricar. Estaban seguros de que encontrarían aún grandes cantidades de individuos de piel verde y, habiendo experimentado satisfactoriamente y sabiendo que los efectos del «sicófagos» eran inmediatos, no temían absolutamente nada encontrarse con criaturas que estuviesen aún enfermas.

Su sorpresa fue grande al comprobar que la totalidad de la población de París ofrecía un hermoso color blanco de piel, lo que significaba que con las dosis lanzadas desde los aviones había habido más que suficiente para curar a toda la población parisiense.

Dándose cuenta del estado realmente anárquico que reinaba en la ciudad, contribuyeron en la organización de unas autoridades momentáneas, logrando que París entrase de nuevo en el ritmo de una vida normal.

Rápidamente y después de reorganizados los servicios públicos, salieron los primeros aviones para «regar» de la sustancia salvadora la

totalidad del país galo. Grupos de especialistas voluntarios ayudaron al profesor Chardoneur a la fabricación en serie de cientos de kilos de los hongos que hacían desaparecer la «enfermedad verde» en algunos instantes.

Fue una rápida conquista que, partiendo de París, se extendió por todos los continentes, haciendo desaparecer totalmente aquella pesadilla verdosa que había estado a punto de hacer desaparecer la especie humana del planeta.

Dos semanas más tarde todo había entrado en el ritmo de una vida normal, empezándose a reconstruir lo que había sido destruido. Los sabios, curiosos como siempre, reprocharon la furia de las turbas, ya que les hubiera interesado sobremanera estudiar las pequeñas criaturas que habían desencadenado aquella tormenta de locura sobre el mundo.

De los hongos que produjeron la «enfermedad verde», no quedó ni rastro, ya que los «sicófagos» devoraron ávidamente la totalidad de sus enemigos de especie. Tampoco quedaron sobre las pieles de los millones de enfermos rastro alguno que pudiera diferenciarles de los que, por fortuna, no habían padecido la terrible enfermedad.

Se discutió mucho sobre aquella fracasada invasión de la Tierra y los hombres de ciencia confesaron sencillamente que nadie podía haberles advertido de una cosa tan extraña, ya que guiados por todo lo que se había escrito sobre tal tema, no pudieron jamás imaginarse que los seres venidos del otro lado del espacio… lo hiciesen en forma vegetal.

Pero, todo aquello: las conferencias, las reuniones; todo cuanto se habló y se escribió sobre el peligro que había pasado el mundo, se olvidó pronto; porque la Humanidad posee el arma maravillosa de poder cubrir de olvido las cosas que no desea recordar. Para Blanchard y Pierrette toda aquella fantástica aventura tuvo un colofón feliz, El descubrimiento de su amor,., y cuando se ama, los sucesos desagradables por pavorosos que sean, suelen olvidarse pronto…

FIN de la edición Galaxia 2001

Pero, todo aquello: las conferencias, las reuniones; todo cuanto se

habló y se escribió sobre el peligro que había pasado el mundo, se olvidó pronto, porque la Humanidad posee el arma maravillosa de poder cubrir de olvido las cosas que no desea recordar. Sin embargo, para Blanchard y Pierrette, no acabó allí su tremenda aventura y, aun cuando encontraron a Jacques, completamente curado, no pudieron permitirse el lujo de olvidar, porque los muertos exigían un recuerdo íntimamente ligado a lo que había ocurrido.

Después de encontrar a Levon, no lejos de París, regresaron los tres hacia el viejo poblado donde re-posaban los restos del anciano doctor Blanchard y de los padres de los Levon.

Otra vez el paisaje de bosques y de montañas, en ese islote que se levanta en el centro de una Francia llana como la palma de la mano, apareció ante los ojos de los viajeros.

Los árboles seguían siendo los mismos y, solamente su intenso color verde molestaba a los ojos de Henri, que no podía separar su mirada de aquellos lugares tan íntimamente asociados a su juventud.

Recostándose en la butaca del vagón, dejóse llevar por todas las ideas de un pasado que empezaba a parecerle extremadamente turbio y cuyos detalles se iban obscureciendo paulatinamente.

El tren describía entonces una amplia curva, desde donde era posible ver una enorme extensión de terreno y, al fondo, el salpicado granizado que formaban los tejados de Villebelle.

¡Qué pronto lo habían arreglado todo!

Una congoja, al pensar en sus padres, le oprimió dolorosamente el corazón. Continuaba con el rostro pegado al cristal, incapaz de separar la mirada del maravilloso paisaje que se extendía a sus pies.

Se mantuvo así, intentando explicarse lo que le estaba ocurriendo, con una nueva sensación de intranquilidad y de desequilibrio, cuyo origen no podía comprender fácilmente.

El agudo pitido de la locomotora le sobresaltó bruscamente y al volverse hacia el interior, esperando que los otros le tranquilizasen, vio con sorpresa que su compartimiento estaba completamente vacío.

* * *

Cuando el tren se detuvo en la estación, lanzando chorros de vapor que perezosamente quedaban enganchados en las ramas de los árboles, como trozos flotantes de un tenue algodón, Blanchard salió al pasillo, sintiendo aquella desastrosa sensación que le pesaba endiabladamente sobre el pecho.

Al llegar a la plataforma del vagón, dudó bastante antes de atreverse a bajar al andén y, cuando lo hizo, un escalofrío de terror le recorrió la espalda ante lo que contemplaba.

¡El viejo doctor Blanchard estaba allí!

Se quedó quieto, completamente inmóvil, con las maletas en las manos y no dando crédito a lo que sus ojos veían. Luego, lentamente, con movimientos de autómata fue avanzando hacia aquel espectro que, a su vez, se acercaba también a él.

—¡Hijo!

No podía contestar; el nudo que tenía en la garganta era demasiado fuerte para conseguir que de su boca saliese la menor palabra.

—¿Qué te ocurre, Henri?

Era difícil poderse separar la realidad de lo irreal, lo que veían sus ojos y la fantasía que seguía hirviendo en su cerebro, con una fuerza cada vez mayor.

Se dejó llevar del brazo y hasta arrancar una de las maletas que su padre cargó hasta el coche. El viejo le miraba con extrañeza, pero sin decir nada, en un silencio que no deseaba romper hasta que los dos estuviesen sentados en el vehículo.

También Henri miraba de reojo a su padre. Recordaba perfectamente haber hecho aquello “en otra ocasión”, no acertando a explicarse aquella sensación tan rara que parecía demostrarle que todo lo que le ocurría, en aquel momento, “se estaba repitiendo”.

—¿Cómo están los Levon, padre?

El viejo Blanchard sonrió, diciendo algo sobre Pierrette que el joven no pudo llegar a entender completamente.

—El joven Jacques nos está esperando justamente en la clínica. Quiere que tú le veas,

¿Luego era verdad?

—¿Tiene una mancha verde en un brazo, no es así?

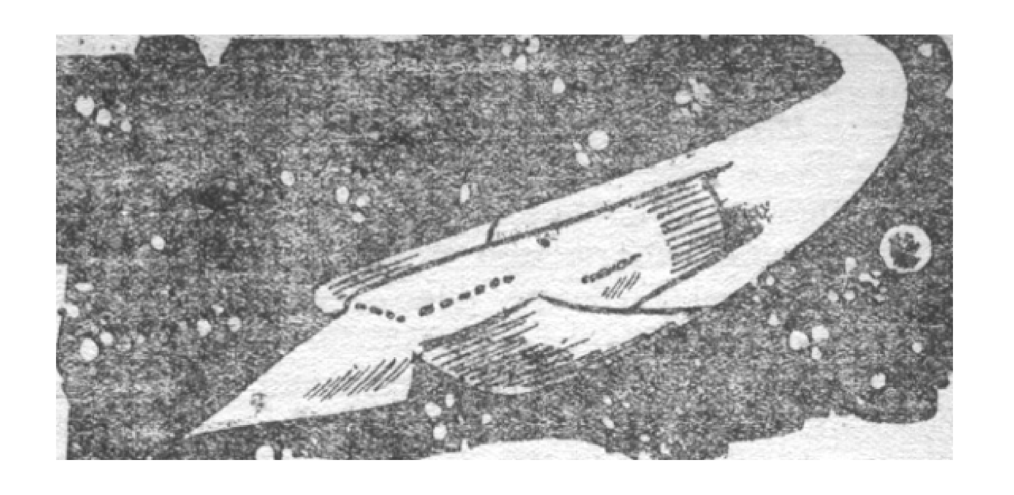
El viejo Blanchard volvió su rostro extrañado y divertido hacia su hijo.

—¡Ya me lo imaginaba! Me habían dicho que la Medicina está adelantando tanto que pronto haréis los diagnósticos por teléfono. ¿Cómo se te ha ocurrido eso de la mancha verde? Lo que le pasa, sencillamente, a Jacques es que se ha roto una pierna en el bosque y desea enseñártela. Tienes que acostumbrarte como el médico de Villebelle, ya sabes que yo deseo retirarme y que las gentes de aquí te esperan con la confianza de que no les defraudarás. Ya sé que aquí no verás enfermedades raras como en París, ninguna de esas manchas verdes con las que sueñas; pero, tendrás que asistir a más de un parto, te lo aseguro…

Blanchard, el viejo Blanchard, miró a su hijo aún más extrañado.

—¿Pero…? ¡Perdona, creía que estabas llorando!

FIN



¡EN EL PROXIMO NUMERO LLEGA...!

EL VIAJERO DE SATURNO

POR

AUSTIN TOWER

El celebrado autor de «ELIA. REINA DE JUPITER».

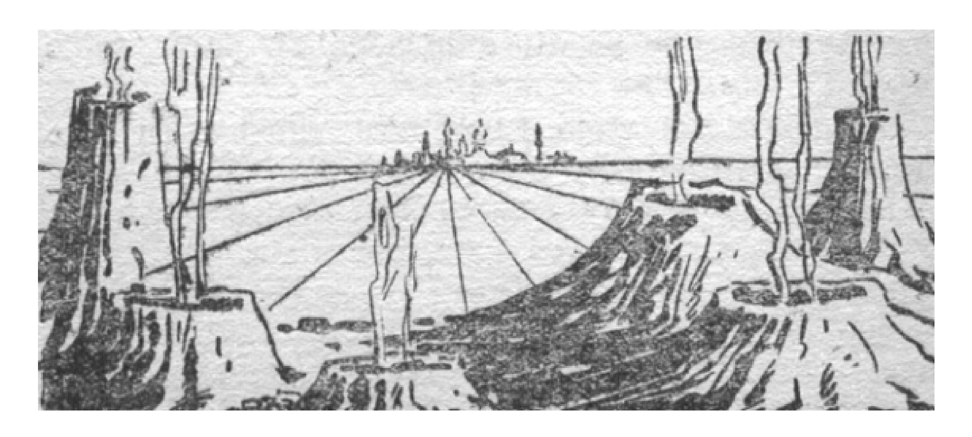
¡Sólo había una solución para libertar el fuego interno de Saturno, retenido por los malignos seres ígneos en el interior del planeta, y devolver la vida á sus ateridos habitantes!

Aquel hombre, llegado de la Tierra, la sabía.

¡Pero también sabía el horripilante cataclismo que podría originar y extender a todo el Sistema Planetario!

SIGA USTED EL EMOCIONANTE CAMINO DE...

EL VIAJERO DE SATURNO



[1] Nombre de la Tierra debido a su lugar, a partir del Sol. (N. del A.)

[2] Tipo de vagabundo característico de París.